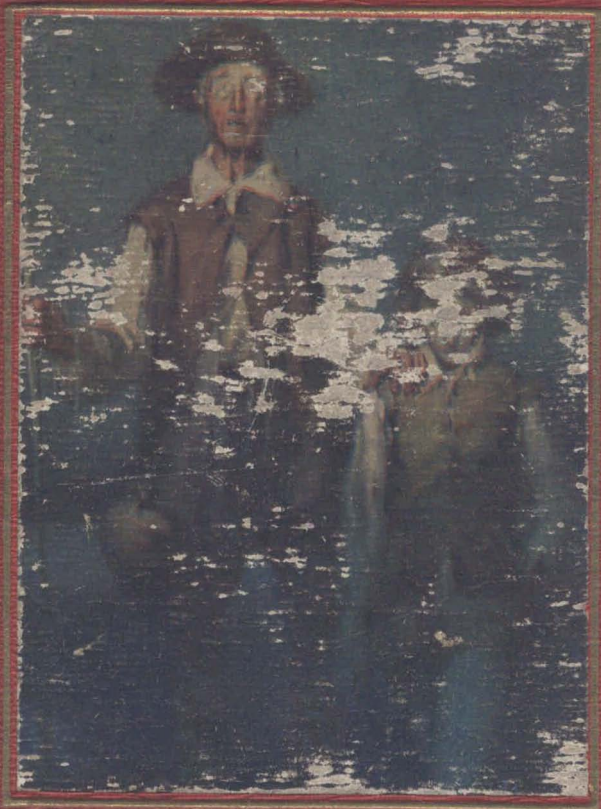


LAZARILLO DE TORMES



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL
ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes

El Lazarillo de Tormes

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

Nihil obstat

El Censor

Francisco de P. Ribas y Servet

PRESBITERO

Barcelona, 21 de Octubre de 1914

Imprimase

El Vicario Capitular,

JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de S. Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrito. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el titulo de "Colección de obras maestras al alcance de los niños" dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular,

JOSE PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría

DR. P. VALLÉS, Pbro.

Pro.-Scrito.

2/1.20
DIEGO HURTADO DE MENDOZA

23833

EL LAZARILLO DE TORMES

ADAPTACIÓN PARA LOS NIÑOS

POR

JOSÉ ESCOFET

ILUSTRACIONES
DE

JOSÉ SEGRELLES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



CASA EDITORIAL ARALUCE
Calle de las Cortes, 392. - BARCELONA

120714

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CONFORME A LA LEY

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO... ..	6
I.—Aventuras de Lázaro con un ciego.	9
II.—Un cura avaro y un arca famosa	34
III.—Un escudero pobre y presumido... ..	58
IV.—Lázaro mantiene a su señor	80
V.—El doctor Curalotodo	103
VI.—De cómo llegó Lázaro a ser feliz.	121

LISTA DE LAS LAMINAS

Y continuaron el camino, mientras su amo le iba diciendo :	17
Lázaro, me has engañado—dijo ;—tú has comido las uvas de tres en tres... ..	28
Un hecho tan extraordinario no cabía en la cabeza del cura	50
...operación que hicieron entre los dos, con mucho cuidado.	62
El escudero seguía paseándose ; pero, de vez en cuando, echaba sobre la cena de Lázaro... ..	80
El mercedario	105
El doctor Curalotodo... ..	113
Tenía a su cargo el pregonar los vinos que se vendieran en... ..	125

PRÓLOGO

LA llamada *novela picaresca* es un género de novela genuinamente español, que apareció en el siglo XVI, época en la cual los españoles eran muy aficionados a las aventuras. Escribieron novelas picarescas casi todos los escritores y poetas contemporáneos de Cervantes, el inmortal autor de *Don Quijote de la Mancha*. Son dichos libros divertidas narraciones de la vida de los estudiantes, pícaros, soldados y escuderos, y abundan en lances ingeniosos, que hacen las delicias del lector a quien los años han dado una larga experiencia.

Tal como dejaron escritas sus novelas picarescas Diego Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Vicente Espinel y otros autores famosos, como el francés Lesage, imitador de aquéllos en su *Gil Blas de Santillana*, los niños no pueden leer esta clase de libros, donde se encuentran conceptos que no están al alcance de las inteligencias jóvenes y libertades de lenguaje que la juventud no debe conocer.

Pero la novela picaresca, aparte de ser uno de los grandes valores de nuestra literatura clásica (y esto sí es conveniente que lo sepan los niños), tiene un interés extraordinario como narración festiva ; y no dudamos que *El Lazarillo de Tormes*, convenientemente adaptado, puede deleitar y aún instruir a nuestro público infantil.

Se atribuye la paternidad de *El Lazarillo de Tormes*, primera novela picaresca que se escribió, a Don Diego Hurtado de Mendoza, hijo de un célebre conde de Tendilla a quien confiaron los Reyes Católicos el gobierno de Granada, después que fueron arrojados los moros de dicha ciudad. Don Diego Hurtado de Mendoza, hombre de excepcional ilustración y gran talento, fué embajador de España en Venecia y en Roma y, después, Consejero de Estado. Escribió muchas obras notables, entre ellas la *Historia de la rebelión de los Moriscos* ; pero ninguna le dió tanta fama como la pequeña novela que nosotros hemos adaptado, cuidando de no mermar su interés al trasladarla al castellano moderno y limpiarla, al mismo tiempo, de episodios y expresiones in-

convenientes para el público a quien destinamos nuestra adaptación.

Según hemos dejado *El Lazarillo de Tormes* los niños no encontrarán en este libro sino la historia de un muchacho infortunado, que pudo salvarse de grandes peligros merced a su astucia, a su perseverancia y a su temor de Dios. Es un libro que emociona, divierte y enseña al mismo tiempo.

Pero adviertan quienes lo lean que, si tiene grandes aciertos, corresponden todos al autor que lo escribió hace cuatrocientos años. No se atribuyan al adaptador sino las faltas y los errores.

J. E.

AVENTURAS DE LÁZARO CON UN CIEGO

NACIÓ el héroe de esta peregrina historia en una aldea de la provincia de Salamanca, a principios del siglo XVI, es decir, quince o veinte años después de haberse cumplido los 1500 de la Era Cristiana. En aquel tiempo reinaba en España Carlos V, uno de los emperadores más poderosos que han existido, y nuestra patria estaba en la plenitud de su gloria y de su poder, pues habían descubierto ya sus navegantes el Nuevo Mundo, guerreaban sus soldados en Europa, en África y en América y no se ponía el sol en sus dominios.

Cuenta el mismo Lázaro que nació dentro del río Tormes, circunstancia que se explica por el hecho de ser su padre molinero y tener su aceña en la ribera de dicho río. Por haber-

se mecido su cuna a orillas del Tormes, tomó Lázaro este nombre al salir al mundo a correr aventuras. Pero sus padres se llamaron Tomé González y Antoña Pérez, como consta en la interesante narración que hizo Lázaro de su vida, trasladada a la posteridad por la pluma del ingenioso escritor Diego Hurtado de Mendoza.

Y antes de pasar adelante en la vida de Lázaro, bueno será advertir que eran aquellos tiempos muy propicios a la propagación del espíritu aventurero entre los súbditos de Carlos V. Este rey deseaba imponer su voluntad soberana a todos los demás reyes, y de continuo emprendía guerras que entusiasmaban a los españoles. Muchos de éstos se trasladaban al Nuevo Mundo descubierto por Colón, pues decíase que allí se encontraba el oro en abundancia, y el hombre es naturalmente ambicioso; otros alistábanse como voluntarios en los ejércitos del emperador, que peleaban en Alemania, en Flandes, en Francia, en Nápoles, en Sicilia, en casi toda Europa, y también en Africa, contra los infieles.

La guerra atraía a los aventureros por las

pagas que ofrecía el rey y por el botín de las conquistas, del mismo modo que atraía la exploración de América, país virgen, de inagotables riquezas.

No obstante ser aquellos tiempos los más famosos de la historia de España, no puede decirse que fuera positiva su prosperidad. No lograba España enriquecerse, porque perdía el mejor de los tesoros, que es el hombre. Ibanse sus hombres mar adentro, navegando con rumbo a los remotos países americanos, o se esparcían por toda la superficie del Viejo Mundo, empleándose en la guerra; pero como volvían pocos de los muchos que marchaban, iba España despoblándose y quedaban los campos sin cultivar. Sucedió, pues, que a medida que se emprendían nuevas guerras y se añadían con las conquistas nuevos florones a la corona del emperador, más se acentuaba la pobreza en el suelo patrio y más perezosa y aventurera se volvía la gente.

Bueno es que tengan esto presente nuestros pequeños lectores, y así no extrañarán que, en época de tanto esplendor para las armas españolas, hubiese en España tantas miserias

como encontró el *Lazarillo de Tormes* en su camino. No promueven las guerras la prosperidad de un país; son la paz y el trabajo los factores de la riqueza, y de la riqueza y las buenas costumbres se deriva la felicidad de los pueblos.

Pero volvamos a la vida de Lázaro, que es lo principal de este libro.

No fué el hijo del molinero muy afortunado en su infancia, debido a que su padre, por una mala relación que tuvo con la justicia, fué a dar con sus huesos en la cárcel. Si, en efecto, era culpable Tomé González del delito que se le imputaba, justo es decir que Dios tocó en el corazón del pecador, haciendo brotar en él un sincero arrepentimiento, y, para purgar sus culpas, marchó el molinero a la guerra, peleó valientemente contra los moros y dió su vida en defensa de la verdadera religión, dejando así huérfano de padre al pequeño Lazarillo y desprovisto el pobre hogar de su principal sostén.

Quiso la mala suerte de Lázaro que su madre volviera a casarse, y, para mayor desdicha, con un negro, que conoció en Salaman-

ca. La buena mujer, desde que el molinero se hubo marchado a la guerra, necesitó buscarse la vida y dar también de comer a su retoño. Abandonó el molino y se fué a servir en la ciudad, que, por cierto, era muy alegre y bulliciosa, debido al gran número de estudiantes que allí cursaban sus estudios, pues, en aquellos tiempos, la Universidad de Salamanca era la más famosa del mundo.

La madre de Lázaro, llamada Antoña, alquiló una casita y tomó de huéspedes a varios estudiantes, que la pagaban mal, porque nunca han estado los estudiantes sobrados de dinero. Por esta causa, Antoña ganaba muy poco, y para mal comer ella y su hijo, tenía que ayudarse lavando la ropa de los criados de un señorón salmantino, a quien llamaban «el comendador de la Magdalena».

Fué, sin duda, la miseria la que decidió a la buena Antoña a volver a casarse, lo cual hizo con el negro Zayde, seguramente por no haber encontrado un blanco que quisiera compartir con ella los trabajos de la vida.

Lázaro, pequeñín como era, no se dió cuenta de su desgracia sino pasado algún tiempo.

Hasta le produjo cierta alegría tener un hermanito mulato, que sí lo tuvo, y con él jugaba, sentándole en sus rodillas y aplacando sus lloros con monerías o cantándole la nana. Verdad es que, al principio, no tuvo Lázaro por qué quejarse de su padrastro. Este tenía por oficio el curar a las bestias, y de esta suerte se ganaba buenas monedas. Había en la casa comida abundante y nunca faltaba leña para hacer un buen fuego en invierno. Lázaro era feliz y quería sinceramente al marido de su madre y a su hermano el mulatito, olvidando que eran éstos de distinto color que el suyo.

Y a propósito de colores : cuando el mulatito comenzó a tenerse en pie y a decir algunas palabras, pareció que se asustaba de su propio padre, por verle tan negro, siendo blancos su madre y su hermano, y cogiéndose de las faldas de Antoña, gritaba, siempre que veía acercársele al autor de sus días :

—¡ Mamá, viene el coco !

Y Lázaro, ya muy avispadillo, no obstante no tener más de once años, decía para su capote :

—¡ Cuántos debe haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos !

* * *

Andando el tiempo, ocurrióle al negro Zayde una desgracia en sus negocios, y tuvo que ausentarse de la ciudad. Aquí comenzaron para Lázaro los días tristes, pues no entró ya más dinero en la casa, ausente como estaba el jefe de la familia. Antoña se puso a servir en un mesón, al mismo tiempo que decidía, para aliviarse de obligaciones, buscarle a Lázaro un empleo.

¡ Miserable empleo el que le salió al pobre niño !

Un viejo ciego que se contaba entre los vagabundos parroquianos del mesón donde Antoña se puso a servir pidió a ésta, al objeto de que le sirviera de guía, a su hijo Lázaro, y este oficio, lazarillo de ciego, deparó el destino a nuestro héroe.

Un día llamó Antoña a Lázaro, le presentó al ciego y le dijo, llorando a lágrima viva :

—Hijo mío, yo no te puedo ya mantener.

Necesario es que tú mismo te ganes el pan. Aquí tienes al hombre que ha de ser tu amo y a quien respetarás como si fuera tu mismo padre. Procura ser bueno y obediente y dame un abrazo de despedida, por si no volviéramos a vernos más.

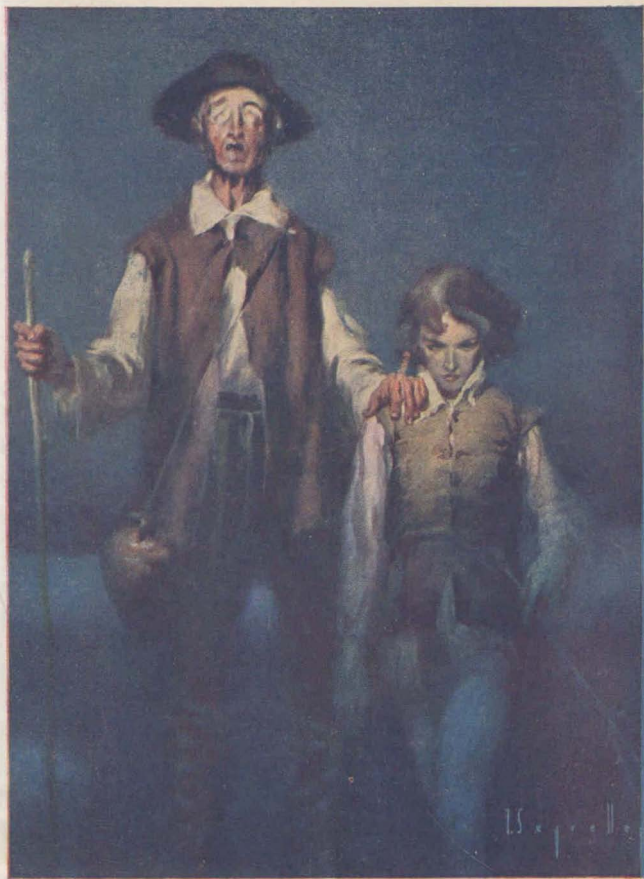
Se abrazó Lázaro a su madre, echando por los ojos un raudal de lágrimas; pero no protestó, resignándose con su suerte y haciendo firme propósito de cumplir en su empleo como mejor le diera Dios a entender.

¡Así comenzaron las andanzas y aventuras del que había de ser famoso *Lazarillo de Tormes!*

El ciego a quien Lázaro iba a servir era un perfecto bellaco, como lo demostró apenas hubo salido de la ciudad, acompañado del mocito. Cruzaron un puente donde había una figura de piedra muy parecida a la de un toro. Allí dijo el ciego a su pequeño criado:

—Oye, Lázaro; acerca el oído al toro de piedra que verás ahí y escucha con atención. Hay dentro del toro un ruido extraño. Verás, prueba.

Lázaro, crédulo, como niño inexperto, acer-



Y continuaron su camino, mientras su amo le iba diciendo...

có el oído a la cabeza del toro. El ciego, palpándole, pudo asegurarse de que el mozo escuchaba atentamente, pegado el oído a la piedra; y aprovechándose de tenerle así, tan distraído, le dió tan formidable bofetada, que fué milagro no se estrellara la cabeza del niño contra la escultura; pero el dolor le duró a Lázaro tres días.

—Esto por tonto—dijo el ciego, celebrando su burla con grandes carcajadas.—Aprende a no dejarte engañar, porque un mozo de ciego ha de saber más que el diabló.

Lázaro contuvo las lágrimas y prometió hacer memoria de la lección, pareciéndole que se había curado, en un momento, de su simpleza. «Ya me estaré en adelante con el ojo más vivo—pensó,—pues que no tengo padres ni nadie que me pueda valer.»

Y continuaron el camino, mientras su amo le iba diciendo:

—Oro ni plata no te los podré dar nunca, pero consejos no te han de faltar, pues llevo dentro de mí un pozo de sabiduría.

Es de creer que Lázaro habría preferido a los consejos una ración abundante de pan, y,

a ser posible, algunos dinerillos con que comprarse algo que fuera de su gusto. Sin embargo, aceptó los consejos, porque no le ofrecían otra cosa, y aun debemos añadir que supo aprovecharlos, demostrando una viveza de genio y un talento excepcionales, dentro de sus pocos años. Fué el ciego, para él, un maestro excelente, dándole un curso completo de toda suerte de astucias y artimañas, y demostró el discípulo tanta aplicación y tanto aprovechamiento, que el mismo profesor había de resultar más tarde engañado por aquel a quien adiestraba con sus enseñanzas.

Era el ciego hombre muy astuto y hábil en su oficio. Sabíase de memoria ciento y tantas oraciones, que rezaba en actitud muy humilde y devota, poniendo cara de santo y haciendo a veces resonar la iglesia cuando cantaba en el coro, con su voz de bajo profundo. Además, tenía artes de brujo; pues, por dondequiera que iba, hacíase pasar por conocedor de las virtudes y propiedades de todas las hierbas y raíces, con las cuales componía bebedizos para los enfermos. Echaba pronósticos a los labradores sobre el resultado probable de las cose-

chas, y a los matrimonios mal avenidos decía poder reconciliarlos con sólo rezar una oración, que cobraba a buen precio. Sabía remedios para los dolores de muelas y desmayos, sacaba los demonios del cuerpo a quien creía tenerlos y aseguraba adivinar el porvenir de los jóvenes, así como el día en que debían morir los viejos. Era, en fin, un engaña bobos que explotaba la superstición y credulidad de las gentes.

Pero, aunque sus chapucerías le valían dinero, jamás se ha visto hombre más avaro, y el pobre Lázaro, a quien no daba ni lo indispensable para sustentarse, habría muerto de hambre, si el avisgado mozo no se hubiese valido de muy ingeniosas tretas para atender a sus necesidades. No podía olvidar el lazarillo que, por tonto, habíase ganado un coscorrón, y en cuanto a la advertencia de que vino acompañado el golpe, fija la tenía en la memoria como si hubiese estado grabada en piedra: «Un mozo de ciego ha de saber más que el diablo».

Así es que Lázaro, tan pronto como pudo darse cuenta de la cruel avaricia de su amo,

hombre insensible y egoísta, no se dió reposo en inventar burlas endiabladas que le compensaran del ayuno y estrechez en que el ciego le tenía.

Solía éste meter todas las cosas que le daban las gentes compasivas en un fardel o talega, cuya boca cerraba con una argolla de hierro y un candado. Ninguna otra mano que no fuera la suya propia podía penetrar en las profundidades del saco, y la llave del candado la llevaba siempre muy guardada en un bolsillo. A Lázaro nunca le daba a comer otra cosa que un mal mendrugo, mísero alimento que sólo le servía al muchacho de aperitivo y que no tardaba en despachar ni dos segundos. Pero después que el ciego había cerrado con llave su talega y se descuidaba un poco, iba el chiquillo cautelosamente a descoser un lado del fardel, y por la abertura hecha sacaba pan, torriznos y longaniza, volviendo luego a coser lo descosido; de modo que, con esta habilidad, se libraba del hambre y de la mala voluntad del avaro.

—¡Demonio!—exclamaba a veces el ciego, al cargarse el saco de las provisiones al hom-

bro.—¡Juraría que me han robado! Noto mucha falta en el peso.

—Es que vuestra merced no hace cuenta de lo que ha comido—advertía Lázaro.—Come como un buey, con perdón sea dicho, y a mí no me deja sino las migajas. No extrañe que pese menos la talega.

También le gustaba a Lázaro el vino, aunque no lo habría probado nunca si hubiese esperado a que su amo se lo diera. Valiéndose de que el ciego no podía ver, echaba el mozo mano al jarro siempre que lo veía cerca, mientras comían, y un par de tragos nadie se los quitaba. Sin embargo, el ciego observó, al fin, la falta de vino, como había observado la falta de peso en la talega, y, a guisa de precaución, ya no desamparó más el jarro. Lo tenía bien cogido por el asa, en tanto quedara en él un poco de licor, y no lo dejaba suelto hasta haber apurado la última gota.

—¿Qué harás, lazarillo desgraciado, para beber vino?—se preguntó el muchacho.

Era sobradamente ingenioso y se le ocurrió en seguida una buena idea. Sirvióse de una larga paja de centeno, que introducía en el

jarro, sin que el ciego pudiera advertir la maniobra ; chupaba por un extremo de la paja, y el vino iba pasando del jarro a su boca por el canutillo conductor, con tanta facilidad y frecuencia, que muchas veces quedaba el jarro vacío.

El ciego estaba desesperado. No comprendía cómo, teniendo el jarro cogido por el asa, podía Lázaro beberse el vino ; mas guardóse de protestar, aunque, para estar más seguro de su jarro, en adelante lo retuvo entre las piernas y lo tapaba con la mano.

—¡ Ah, viejo astuto !—pensó Lázaro.—¡ A mí no me ganas tú en marrullerías !

Desde aquel día en que fué descubierta su treta de la paja, empleó otro artificio todavía más original. Hizo en el fondo del jarro un agujero muy pequeño, que tapó luego con cera, cosa que el ciego no podía prever. De modo que éste llenó el jarro como de costumbre y, a la hora de comer, se lo puso entre las piernas. Comían cerca de una pobrecilla lumbre, por estar en los meses más crudos del invierno, y Lázaro, fingiendo sentir frío, se tendió cerca del fuego, cuidando de meter la

cabeza por debajo de las piernas de su amo. La cera con que estaba tapado el agujero del jarro, no tardó en derretirse, con el calor de la lumbre, y por él escapó un hilillo de vino, yendo a caer en la boca, que Lázaro mantenía abierta.

Varios días se repitió este ingenioso ardid, dándose el ciego a todos los demonios, porque no acertaba a explicarse cómo, teniendo el jarro cogido con las piernas y tapado con la mano, se quedaba sin gota de licor.

—No diréis, amo mío, que soy yo quien lo bebe—observaba Lázaro ;—pues bien tapado tenéis el jarro y tan fuertemente asido, que no hay quien os lo quite.

Pero ya hemos dicho que el ciego podía no ver, pero se pasaba de listo. Disimuló y preparóse a tomar venganza, si se le presentaba propicia la ocasión, que sí se presentó a los pocos días.

Ello fué que, a fuerza de aguzar el oído y el tacto, vino a descubrir el ciego la burla de su criado, y una vez que le sintió beber más a su gusto, tendido boca arriba y con las narices casi pegadas al jarro, se dispuso a casti-

garle cruelmente. Lázaro, bien ajeno al mal que le esperaba, bebía a placer un largo y dulce trago, teniendo medio entornados los ojos, por mejor gustar el sabroso vinillo. Sintióle el ciego muy descuidado, y en el mismo momento levantó el jarro, para dejarlo caer en seguida y con toda su fuerza sobre la cara del mozo. Fué el golpe tan brutal, que se rompió el jarro y perdió Lázaro el sentido. Le habían saltado los dientes y brotaba la sangre abundante por la nariz y las mejillas rajadas.

Siempre son las burlas peligrosas, porque suelen volverse contra quien las hace, y el engaño más finamente preparado, censurable por ser engaño, puede conducirnos a la desdicha.

* * *

Muy caras pagó el lazarillo sus travesuras, y hemos de reconocer, sin embargo, que no merecían tan duro castigo. El pobre estuvo enfermo algunos días, a consecuencia del tremendo jarrazo, y el ciego le curaba, lavándole con vino las heridas, y decía :

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo mismo que te enfermó te sana ; a causa del vino recibiste

el golpe, y el vino te devuelve la salud. Yo lo pongo gustoso en tus heridas, pero cuida tú de no tenerlo más en la boca.

El chico comenzó a mirar a su amo con horror y a quererle mal, sobre todo porque, desde la burla del vino, el ciego le pegaba sin piedad y sin razón casi siempre. Eran tan frecuentes los pescozones y bastonazos, que las gentes se dolían de aquellos malos tratos y algunos intercedieron en favor del muchacho.

—No le compadezcáis—porfiaba el viejo,—porque no es ningún inocente. Oid, si os place, cuáles son sus picardías.

Y contaba lo del vino, añadiendo pormenores de su invención, para demostrar que su lazarillo era de la piel de Barrabás. La gente se santiguaba, asustada, y decía, mirando a Lázaro ya sin compadecerle:

—¡Quién lo pensara de un chico tan pequeño! ¡Vaya un pícaro! ¡A palos hay que corregirle esos malos hábitos! ¡Castigadle, castigadle, que bien se lo merece, y haréis con ello una buena obra!

Lázaro y su amo iban de pueblo en pueblo, como vagabundos, buscándose la vida a la

buena de Dios. Para vengarse de los malos tratos que recibía del viejo, Lázaro cuidaba de llevarle siempre por los caminos más malos. Si había piedras, guiábale por las piedras ; si fango, por el fango, de modo que se encontrara siempre con la incomodidad. Esta porfía y la mala intención le valían al lazarillo muchas palizas ; pero tan hecho estaba a los golpes, que no le importaban ya, con tal de proporcionar a su verdugo una molestia.

Habíanse metido por tierras de Toledo, porque decía el ciego ser allí la gente más compasiva y limosnera que la de Salamanca. Si en un pueblo les iba bien, allí se quedaban algunos días ; si no les daban nada, buscaban en seguida otro pueblo donde hubiese más caridad. Así llegaron a un lugar llamado Almoroz, en época de vendimia, y un labrador de los que se ocupaban en coger uvas, dió a Lázaro un racimo de limosna.

Quiso en seguida el ciego meter las uvas en su talega, pero estaban tan maduras, que se desgranaban en la mano.

—Bueno—dijo el ciego ;—nos las comemos ahora mismo, para que no se echen a per-

der. Llévame a un sitio donde haya sombra, Lázaro, y sentémonos.

Fueron a sentarse en un valladar, y así que estuvieron bien acomodados, el ciego habló de este modo a su criado :

—Ahora quiero ser generoso contigo. Vamos a partirnos el racimo por partes iguales. Pero, para que no haya engaño, nos lo comeremos grano a grano. Tú picarás una vez y yo otra, pero ha de ser prometiéndome formalmente que sólo tomarás una uva cada vez, y yo haré lo mismo hasta que se acabe el racimo.

Lázaro era leal cuando se le trataba a él con lealtad, y no pensó, en esta ocasión, engañar a su amo. Comenzaron a picar uno y otro, pero el ciego mudó pronto de propósito, y en vez de picar una sola uva, tomólas de dos en dos. Aquello era una informalidad y una traición ; Lázaro decidió castigarla comiéndose él las uvas de tres en tres.

Acabado que estuvo el racimo, quedóse el ciego meditabundo, teniendo el escobajo en la mano y meneando la cabeza como si diera a entender que tenía una duda.

—Lázaro, me has engañado — dijo ; — tú has comido las uvas de tres en tres.

—¿En qué funda vuestra merced esa sospecha?—preguntó Lázaro.

—No es sospecha—replicó el ciego ;—estoy seguro de que te has burlado de mí. Y he conocido que tú comías las uvas de tres en tres en que, viendo que las comía yo de dos en dos, nada me has dicho. ¿Por qué estuviste callado y sin protestar? A mí no se me engaña fácilmente.

Lázaro contuvo la risa, mas al mismo tiempo se dió cuenta de la discreción de su amo, cuya astucia no era menos grande que su crueldad.

Entre otros muchos lances burlescos que ocurrieron entre el ciego y su travieso acompañante, merece especial mención uno que vamos a referir, del cual resultó Lázaro tan mal parado como había salido de la burla del vino.

A la sazón se encontraban en la villa de Escalona y habíanse alojado en un mal mesón de los arrabales. El ciego, sentado cerca del fuego, dió a su criado un pedazo de lon-



Lázaro, me has engañado—dijo—; tú has comido las uvas de tres en tres...

ganiza para que lo asara, al mismo tiempo que sacaba una moneda de su bolsillo y decía :

—Toma, Lázaro. Luego que tengas la longaniza puesta en el asador, vete a buscar un jarro de vino a la taberna, que está ahí cerca. Esta noche voy a cenar a mi gusto.

Lázaro era aficionadísimo a la longaniza. Le dió un vuelco el corazón cuando tuvo en la mano tan sabroso manjar, que se comería entero el ciego, sin dejarle a él ni probarlo. Cerca del fuego había un nabo, aproximadamente del tamaño de la longaniza, y al hambriento muchacho le dió la tentación de hacer un cambio, sin pararse a considerar las dolorosas consecuencias que podía acarrearle aquella travesura. ¡Despedía la longaniza un olor tan rico ! Lázaro la sacó prestamente del asador y, en su lugar, puso el nabo. Luego salióse del mesón a buscar el vino.

Quedóse el ciego dándole vueltas al asador, mientras el lazarillo, camino de la taberna, se comía con deleite y a toda prisa el embutido. Cuando volvió, hallóse a su amo que apretaba, entre dos rebanadas de pan, el triste nabo. No había advertido el engaño todavía.

Pero apenas comenzó a morder, pensando encontrar entre el pan la longaniza, puso el ciego una cara que asustó al autor de aquella burla.

—¿Qué es esto, Lazarillo?—interrogaba el ciego, teniendo el nabo cogido con dos dedos y haciendo un gesto de repugnancia.—¿Qué me has puesto aquí?

—No piense su merced que tengo yo la culpa—dijo Lázaro.—Yo no sé quién habrá puesto eso en el asador, pues vengo de la taberna y nada he visto.

—Yo no he dejado el asador de la mano—replicó el ciego, encendido en ira.—Tú debes haberte comido la longaniza. ¡Conozco tus tretas!

Y levantándose, furioso, cogió a Lázaro por la cabeza, le abrió la boca y metió en ella su nariz, que tenía muy larga y afilada. Con el susto y con las cosquillas que la punta de la nariz de su amo le hacía en el galillo, se le revolvió a Lázaro el estómago, por manera que mal le aprovechó la longaniza; y cuando, por los ascos de su criado, se convenció el ciego del engaño, arremetió contra Lázaro con

tanta furia, que allí habría acabado éste sus días, si no acudiera la gente a socorrerle.

En efecto, con el ruido se alarmaron todos los huéspedes del mesón; pues el viejo burlado daba terribles gritos y el mozo apaleado quejábase con lastimeros ayes, que partían el alma. Partida tenía él la cabeza, de cuyas heridas manaba la sangre, como asimismo de la boca y las narices, sin que por esto cesara el ciego de zarandear al mísero lazarillo, a quien algunos hombres caritativos salvaron de una muerte segura.

Ya repuesto el ciego de su cólera, se puso a contar las maldades de su criado, haciéndolo, por cierto, con mucho donaire y del modo más pintoresco y divertido, al tiempo que Lázaro, acurrucado en un rincón, lloraba sin consuelo. El ciego había logrado interesar a la gente en favor suyo, por su modo gracioso de contar aquellos desastres. Muchas personas que pasaban por la calle, atraídas por las carcajadas de las que estaban dentro del mesón, entraron también y rieron todas a más y mejor, porque el ingenio del viejo mendigo no era para menos, aunque Lázaro, dolorido

y desesperado, decíase a sí mismo, sintiendo tanto dolor como coraje :

—¡ Mal hice en no morderle las narices a ese viejo embustero, cuando me las puso en la boca ! Me habría bastado con sólo apretar los dientes, y acaso mi estómago hubiese retenido mejor la nariz de un malvado que la longaniza. ¡ Dios me perdone, porque me arrepiento de no haber dejado a mi amo sin nariz como le dejé sin cena !

Compadecióse por fin la mesonera del malparado mozo y acudió a lavarle con vino las heridas, mientras continuaba el ciego bromeando a costa de su víctima.

—Más vino me gasta este muchacho en lavatorios, al cabo del año, que bebo yo en dos —decía.—Más le debes al vino que a tus padres, Lázaró ; pues si tus padres una vez te dieron la vida, el vino te la ha salvado mil veces. Yo te digo que si algún hombre, en el mundo, ha de ser afortunado gracias al vino, tú serás ese hombre.

Había sido la última lección demasiado dura para que Lázaró no pensara en mejorar su vida, dejando a un amo que le hubiera ma-

tado de hambre, cuando no a golpes. Era ya un mocito sobradamente avisgado y con disposiciones para ganarse el pan. ¿Iba a ser siempre lo mismo, lazarillo de ciego? ¿Por qué no probar fortuna?

Meditó Lázaro toda la noche, dándole vueltas a la idea de recobrar su libertad. Cuanto más lo pensaba, más se sentía decidido a buscarse otro acomodo. Así es que no pudo dormir y no esperó siquiera a que amaneciese el día para escaparse. Salió del mesón sigilosamente, temiendo ser sorprendido, y cuando comenzaba a clarear el cielo, ya iba él trotando por la carretera, camino de Torrijos. No supo ya más lo que Dios hizo del ciego, ni procuró saberlo.

II

UN CURA AVARO Y UN ARCA FAMOSA

EN Torrijos no encontró Lázaro colocación alguna. Iba el infeliz muy desarraigado y a nadie inspiraba confianza. Pedía limosna de puerta en puerta, y aunque poco le daban, era lo bastante para mal comer y esperar mejores días.

Pero la desgracia perseguía a Lázaro de Tormes hasta tal punto, que habiendo dejado a un amo comparable al trueno, fué a dar con otro muy semejante al relámpago.

Habíase trasladado de Torrijos a Maqueda, dicho se está que sin cabalgadura, y en este último pueblo pedía limosna, como en todas partes. Sus pecados llevaronle a llamar a la puerta de un clérigo que, según luego supo, no merecía, por su avaricia desenfrenada, ser ministro de Dios. Y es que, como dice el refrán, el hábito no hace al monje, y también

puede haber un clérigo malo, como hay muchos seglares peores.

Llamó a la puerta de la casa del cura y pidió un mendrugo por amor de Jesús Crucificado. El cura creyó adivinar en el pordio-sero a un chico listo, y en seguida quiso tomarle a su servicio.

—¿Tú sabes ayudar la misa, muchacho?—preguntó.

—Sí, sé—dijo Lázaro.

En efecto, el ciego le había enseñado muchas cosas buenas; pues, no por ser cruel, descuidaba la educación de su criado.

—Si sabes ayudar la misa, puedes quedarte en mi casa—manifestó el cura.—Tendrás un rincón donde dormir y algo que llevarte a la boca tampoco ha de faltarte.

—¿Dónde mejor estaré que en casa de un religioso?—pensó Lázaro.—Aquí me quedo.

Y fué su desdicha que, entre tantos curas buenos y santos como hay en el mundo, se tropezara precisamente con uno malo y pecador.

Había, en la habitación más guardada de la casa, un arca vieja que estaba siempre ce-

rrada con llave. La llave la llevaba el cura siempre consigo y en el arca tenía encerrado el pan, no muy tierno por cierto. Lázaro buscó con avidez de hambriento aquellas cosas comestibles que había visto en otras casas: algún tocino colgado del humero, algún queso puesto en una tabla o en la alacena, algún canastillo con el pan sobrante de la mesa... Desgraciadamente, no encontró sino una horca de cebollas, y también éstas encerradas bajo llave.

—¡ Santo Dios !—exclamaba el desdichado, viendo que se disipaban como el humo sus ilusiones.—¿Será mi destino no comer dondequiera que vaya?

Porque su nuevo amo, por no gastar, ni él mismo comía, excepción hecha de cuando le invitaban a alguna boda o bautizo, que entonces sí demostraba tener buen diente. Y como fiestas de esta clase no había muchas en Maqueda, estaba el cura muy flaco, amén de llevar un hábito muy raído; por una y otra cosa, su aspecto revelaba una vida de privaciones y miseria.

Daba de comer a Lázaro un mendrugo y,

cada cuatro días, una cebolla, lo cual no era para que engordase el pobre chico, quien, al poco tiempo de estar con su nuevo amo, creía verse los huesos de puro flaco y desfallecía a causa de la debilidad.

Siempre que el clérigo le daba la llave de la alacena para que fuese a buscar su cebolla, le decía, sobre todo si había gente delante:

—Toma, y devuélvemela luego. Ya sé que te pierde la glotonería y estarías comiendo de sol a sol.

Ni más ni menos que si tuviera guardadas en la alacena todas las conservas de Valencia y la Rioja, cuando no había sino unas pocas y míseras cebollas, colgadas de un clavo.

Compraba el cura, de vez en cuando, un poco de carne y, todos los sábados, una cabeza de carnero. La carne no la probaba nunca Lázaro, teniendo que contentarse con unas cucharadas de caldo, y de la cabeza de carnero no le daba su amo más que los huesos, diciéndole:

—Toma; come y triunfa, que para ti es el mundo. ¡ Mejor vida tienes que el Papa !

—¡ Tal te la dé Dios ! — pensaba Lázaro, mientras roía los huesos, completamente descarnados.

Cierta vez, desesperado y muerto de hambre, pensó el muchacho apropiarse alguna de las monedas que recogía de los devotos, en la iglesia, a la hora del ofertorio. Le tentaba el demonio, viendo caer en una concha, que llevaba a modo de bandeja, las monedas de cobre de los fieles. Con una de aquellas monedas habría podido comprarse un bodigo o panecillo ; pero robar, y sobre todo robar en la iglesia, ¿ no era grandísimo pecado ? Digamos en honor de Lázaro que resistió a la tentación. Por otra parte, el cura no le perdía de vista ; pues tenía un ojo puesto en la gente que daba y otro en la concha donde el monaguillo recogía las monedas. Por el ruido que hacían éstas al caer en la concha, iba el cura contándolas, y terminada la misa, miraba si le salía la cuenta. ¡ Desgraciado Lázaro, si hubiese faltado un solo maravedí !

Vino no entraba en la casa sino el destinado a la misa. El clérigo solía explicar su mezquindad con estas o parecidas palabras :

—Mira, Lázaro ; los curas han de ser muy comedidos en el comer y el beber, y por esto yo pongo buen cuidado de no desmandarme. La gula es uno de los pecados capitales, y basta caer en él para condenarse al fuego eterno de los infiernos.

Sin embargo, ya hemos dicho que en bodas, bautizos y fiestas de las cofradías, comía el cura como un lobo y mostrábase más inclinado al vino que un mosquito. Esta debilidad tenía la Lázaro bien observada, y como también él participaba de la abundancia, cuando había banquete pagado por gente extraña, pedía a Dios que se casara toda la gente moza y que nacieran asimismo muchos angelitos ; pues con tales fiestas se remediaba él de muy largos y crueles ayunos.

Fueron muchas las ocasiones en que, sintiéndose desfallecer, pensó buscarse otro empleo. No lo hacía, sin embargo, porque, a causa del hambre, apenas le sostenían las piernas y no estaba para ponerse en camino. Además, tenía adquirida una triste experiencia y se hacía la siguiente reflexión :

—He tenido ya dos amos, si malo el uno,

peor el otro. El primero, me traía muerto de hambre, y el segundo, me tiene con ella a un paso de la sepultura. Pues, si ahora busco un tercero, ¿no será para que me entierre?

* * *

En esta aflicción estaba Lázaro cuando se le presentó, un día, un calderero de los que van errantes de pueblo en pueblo y arreglan toda suerte de enseres domésticos: calderas, braseros, cacerolas, cerraduras, cucharas y cuchillos, todo lo necesario, en fin.

—¿Tienes algo que remendar?—preguntó al mozuelo.

—¡Bien podríais remendarme a mí, que estoy a punto de deshacerme en piezas!—dijo Lázaro.

Pero, después, pensándolo mejor, se le ocurrió una idea salvadora y añadió:

—¿Querías buscarme una llave que he perdido de un arca que tiene mi amo? Si no le doy la llave cuando vuelva, me echará de casa y aun le creo capaz de molerme a palos. Por vuestra vida, ved si entre las muchas lla-

ves viejas que traéis, hay una que venga bien a la cerradura del arca. Yo prometo pagáros-la.

Subió el calderero a la habitación donde estaba el arca del pan, guiado por Lázaro, y comenzó a probar cien llaves, una tras otra. El mocito le acompañaba en esta operación con sus oraciones. Por fin, abrióse el arca y aparecieron los panes como gloria de Dios, mientras a Lázaro se le saltaban las lágrimas de alegría.

El chico ofreció un pan al calderero en pago de su llave.

—No puedo daros dinero, porque no lo tengo—dijo;—pero un pan como éste bien lo vale.

El calderero, que iba muy pobremente vestido y tenía tiznada la cara, no demostró quedar descontento. Seguramente aquel pobre diablo debía sentir también un hambre atroz, pues dijo :

—Bien pagado estoy con este pan, muchacho, y tan a tiempo me viene, que no tardaré en despacharlo lo que se tarda en rezar un Ave María.

Y se marchó, al parecer, muy satisfecho.

Quedóse Lázaro contemplando los panes del arca con verdadero arrobamiento. Nunca habían disfrutado sus ojos de un panorama más hermoso, y a tanto llegó su entusiasmo, que, con la emoción, se le pasó el apetito. Aquel día no tocó ningún pan del arca, salvo el que había dado al calderero, el ángel portador de su buena fortuna, y el cura no advirtió la falta.

—¡Gracias, Dios bondadoso! — decía Lázaro.—Tú no me desamparas, Tú permites que coma este pobre gusanito de la tierra. ¡Bendito sea tu nombre!

Y a la mañana siguiente, apenas estuvo solo, abrió de nuevo su *paraíso panal*, como llamaba él al arca, y se comió un bodigo para desayunarse. Con ello le pareció que recuperaba sus perdidas fuerzas y comenzó a barrer la casa con mucha alegría.

Le duró al mozo esta felicidad algunos días. Procuraba no excederse, es decir, no comía sino lo justo, temiendo echarlo todo a perder por glotón. Nunca se olvidó tampoco de cerrar el arca, y aun cuidaba, antes de hacer-

lo, de colocar los panes de cierto modo, al efecto de que no se advirtiera la falta, a simple vista, de los que se había comido. Dicen, no obstante, que la alegría dura poco en la casa del pobre, y criatura más pobre que Lázaro no puede haberla en el mundo.

Aconteció que cierta noche, antes de acostarse, vió el criadito a su amo que andaba en el arca y revolvía los panes con manifiesta desazón. Largo tiempo se estuvo allí contando y volviendo a contar. Lázaro, viendo en peligro su dicha, sintió que le temblaban las piernas.

—Si no tuviera a buen recaudo este arca —dijo el cura, de muy mal humor,— juraría que me habían robado algunos panes. Por si acaso, y para cerrar la puerta a la sospecha, voy a tomar mis precauciones, llevando bien la cuenta. Nueve panes quedan, más un pedazo. Veremos si mañana falta alguno.

De angustiado que estaba, no pudo Lázaro dormir aquella noche. ¡Adiós, felicidad de su estómago satisfecho! Volverían los ayunos, volverían las penas, repetiría el hambre sus punzadas. ¡Oh, gran desdicha!

Cuando, al día siguiente, fué el infeliz Lazarillo a ver los panes del arca, y los contó, alimentando la triste esperanza de que se hubiese equivocado el cura en su cuenta, sintió como si le atravesaran el corazón con una saeta. Nueve panes había y un pedazo. El chico no pudo hacer otra cosa más que llenarlos de besos.

De mala gana y sintiendo la debilidad del que no se ha desayunado, volvió a sus quehaceres; pero repetidas veces, durante el día, abrió de nuevo el arca, para contentarse con una ración de vista. Finalmente, cuando estaba pidiendo a Dios que le ayudara en tan aflictiva situación, se le ocurrió una idea.

—El arca es vieja, grande y tiene algunos agujeros—pensó.—Nada tendría de extraño que entraran en ella los ratones y se comiesen el pan. Yo puedo hacer las veces de ratón. Pero no es conveniente que me coma un pan entero, porque así se vería el engaño. Hay que desmigajarlo y vaciarlo, como hacen los ratones, y de este modo creará mi amo que son ratones los que entran en el arca.

Tal como lo pensó lo hizo, desmigajando

algunos panes sobre un mantel, hasta dejar sólo la corteza. Después, como quien come gragea, se comió las migas.

Cuando, al llegar la noche, abrió el cura su vieja arca, quedóse espantado a la vista del estrago causado en los panes.

—¡Mira, Lázaro, cuánta desgracia! — exclamó.—Sin duda somos víctimas de una terrible persecución.

El criado mostróse sorprendido y maravillado, como convenía a las circunstancias, y preguntó qué podía ser aquéllo.

—¿Qué ha de ser? — dijo el cura. — Ratonés, que en todas partes se meten y todo lo comen.

Durante la cena tuvo Lázaro una agradable sorpresa. El cura cortó con un cuchillo toda la parte del pan que le parecía ratonado, y dándoselo a su criado, decía :

—Cómete eso, que el ratón es un animalito muy limpio y a nadie daña aquello donde él ha puesto sus dientes.

No tenemos por qué decir que Lázaro comió aquel pan que le daba su amo sin hacerle ascos, pues los dientes del ratón habían sido

sus uñas, y mientras comía, muy a su gusto, iba pensando :

—Bueno ; la invención ha dado resultado excelente y me parece que tendré pan para unos días ; pero este condenado de mi amo intentará por todos los medios librarse de los ratones, siendo muy posible que otra vez me toque ayunar. ¡ Protégeme, Dios mío ! ¡ No me dejes nunca sin tu ayuda y apiádate de los afligidos !

* * *

Como temía Lázaro, el cura estudió un modo de evitar el paso de los ratones al arca. Buscó unas tablillas, para tapar los agujeros, y las clavó allí donde hicieron falta, dejando el arca no diremos como nueva, pero sí muy bien remendada y sin agujero alguno abierto. Para esto hubo de arrancar muchos clavos de las paredes, que no era él capaz de comprarlos, por no gastar ni un maravedí en este menester.

—Ya está — dijo el clérigo, terminada la obra reparadora.—Ya no pueden entrar ahí los ratones. Harán bien en buscarse la comida en

otra casa, pues en ésta no volverán a encontrarla.

Cuando amaneció el siguiente día y después que el cura hubo salido, fué Lázaro a ver cómo había quedado el arca. Tan perfectamente reparada estaba, que no habría podido meterse en ella ni un mosquito. Todavía se atrevió el mozo a sacar un puñado de migas de los panes ratonados, leve consuelo para su estómago; pero guardóse bien de pasar adelante.

Volvieron, como es natural, los días tristes de poco pan y de mucha hambre. Lázaro perdió la alegría y el sueño. Dormía en un lecho de pajas, en el cuarto más frío y obscuro de la casa, y decimos mal que dormía, pues se pasaba en vela toda la noche, oyendo roncar a su amo estrepitosamente, como si hubiese tenido una trompa por nariz.

¿Qué le pasaba al infeliz Lazarillo, que no podía dormir? Seguramente no le quitaban el sueño los cuidados del rey de Francia. Era la debilidad, por un lado, y por otro, el deseo de encontrar pronto remedio a su miseria.

Una noche, no pudiendo resistir más y sintiendo a su amo roncar de tal modo, que pa-

recía darle una serenata, se levantó el mozo, fué a la cocina, cogió un cuchillo muy afilado y... ¡No te asustes, lector, pues no tenía Lázaro el instinto sanguinario del asesino! No se le había ocurrido matar al cura, sino abrir un nuevo agujero al arca de los panes.

En efecto, la madera del arca estaba muy vieja y apolillada. A Lázaro le fué muy fácil, sirviéndose del cuchillo como si hubiese sido una barrena, hacer un agujero en aquella parte del ruinoso mueble que le pareció más blanda y vulnerable. Tal maña supo darse, que no lo habrían hecho mejor los ratones. Luego abrió el arca, desmigajó un pan, comióse las migas y se volvió a su lecho de pajas, cerrando antes el arca cuidadosamente.

El cura notó, al siguiente día, como era de esperar, la falta de pan y el agujero hecho. Maldijo la casta de los pequeños roedores que tan desconsideradamente atentaban contra sus bienes y lamentábase de aquella plaga aparecida en su hogar.

—Es extraño lo que está pasando aquí—decía.—Nunca recuerdo haber visto ratones en mi casa. ¿Cómo puede haberlos ahora?

—¡ Qué ha de haber !—pensaba Lázaro.— No habrá en el reino otra casa que más respeten esos bichos, porque los ratones, más sensatos que yo, sólo se están donde encuentran qué comer. Aquí, ¡ como no se comieran mis huesos... !

Tapó el clérigo con otra tablilla el nuevo agujero del arca, pero, por la noche, Lázaro abrió otro y otro ; y así fué sucediendo, durante varios días, que lo que tapaba el amo por la mañana, nuevamente lo abría el criado mientras aquél, en su cama, roncaba confiado y satisfecho.

—Donde una puerta se cierra, otra se abre —se decía el hambriento y astuto rapaz.—Esto es como la tela de Penélope : se deshace por la noche lo que se ha hecho durante el día. El Señor me asista, pues no me faltará el pan, si dura la broma.

Pero el uno clavando y el otro abriendo en el arca nuevas entradas y salidas, entre los dos pusieron el mueble que era un dolor. Nunca se habrá visto arcón más remendado. Ya tenía más agujeros que una criba, y encima de cada agujero un parche, de modo que ape-

nas quedaba lugar donde meter de nuevo el cuchillo.

El cura, desesperado, se convenció, al fin, de que con tablillas no se remediaba aquel desastre, y dijo a Lázaro :

—Esto no tiene arreglo, muchacho. La madera del arca no resiste al ataque del enemigo. Vieja como está y comida de la polilla, se deshace fácilmente, y, con tantos clavos como llevo puestos aquí, me temo que bastarían pocos martillazos más para que se nos quedara el arca hecha pedazos. Lo mejor será armar una ratonera, a ver si cazamos al ratón y así nos libramos para siempre de un tan grande infortunio.

Pidió prestada a un vecino una ratonera, y la armó dentro del arca, poniendo un buen pedazo de queso para cazar más fácilmente al ratón. La primera noche que dejó el cura armada su trampa, pudo darse Lázaro un festín, porque se comió el pan y el queso, relamiéndose de gusto.

Un hecho tan extraordinario no cabía en la cabeza del cura, que se volvía loco, no acertando a explicarse cómo podían los ratones co-



Un hecho tan extraordinario no cabía en la cabeza del cura

merse el queso sin caer en la trampa y, además, vaciar los panes, según era su costumbre. Lázaro ponía también cara de asombro, pero la risa le bailaba dentro del cuerpo. Disimulaba con mucho arte y decía:

—¡ Sí que es extraño lo que sucede! ¡ No había visto nunca ratones tan listos! Sin duda conocen el secreto de la trampa esos malditos.

El clérigo explicó el caso a sus vecinos, que se mostraron también maravillados. Uno de ellos creyó adivinar la causa de aquel misterioso suceso.

—Si no recuerdo mal — dijo al cura — en vuestra casa solía andar una serpiente. No son ratones, seguramente, los que se comen el pan del arca y el queso de la trampa. Es la serpiente, porque, como es tan larga, no entra toda en la ratonera, y al caerle la trampilla encima, después de tomar el cebo, retrocede y saca la cabeza, lo único que puede meter de su cuerpo.

Esta explicación dejó convencidos al cura y a todos los que la oyeron, menos a Lázaro, como es de suponer. El cura se alarmó mucho

y ya no durmió tan tranquilo en adelante. Todas las noches, apenas oyera el más leve ruido, causado casi siempre por el gusanillo que roe la madera, abandonaba el clérigo su cama, y en camisa y armado de un grueso garrote, dirigíase al cuarto donde estaba el viejo arcón. Daba en él fuertes golpes, para espantar a la serpiente, que suponía metida en el arca ; pero no conseguía sino despertar a Lázaro y a los vecinos con tanto estrépito.

También iba a ver a su criado, que se fingía dormido, y revolvía las pajas de su lecho, pensando encontrar entre ellas al peligroso reptil. Porque es fama que las serpientes buscan el calor de los cuerpos jóvenes, sobre todo de los niños, y algunas han sido encontradas en las cunas, poniendo en peligro la vida de los angelitos que duermen en ellas.

—¿No me has oído esta noche, Lázaro?— interrogaba el cura, a la mañana siguiente.— Tras la culebra anduve, pero no conseguí cazarla. Sospecho que alguna vez irá a tu cama, atraída por el calor de tu cuerpo, pues las serpientes, que son muy frías, suelen buscar los lugares donde duermen los niños.

—¡Quiera Dios que no me muerda — contestaba el criado, — que hartó miedo tengo !

Se comprende fácilmente que Lázaro, viendo a su amo tan desvelado, no se atreviera a visitar de noche el arca, ante el temor de ser sorprendido ; pero, de día, cuando el cura estaba en la iglesia, continuaba ratonando el pan, según era su costumbre, adquirida por necesidad. También tuvo miedo de que su amo, al revolver en las pajas de su pobre cama, cuando iba buscando la serpiente, le encontrase la llave del arca, que entre las pajas tenía oculta, y decidió por ello tenerla metida en la boca, mientras dormía.

Otras cosas había tenido ocultas en la boca cuando estaba con el ciego, porque éste no dejaba nunca de registrarle todos los bolsillos y costuras, siempre recelando ser engañado. Por esta circunstancia, era ya la boca de Lázaro como un buzón o como una bolsa, donde el chico guardaba todo aquello cuya ostentación pudiera acarrearle algún disgusto, como ahora la llave del arca, verdadera causa de las grandes desazones del clérigo.

Y quisieron los hados del pobre Lázaro, o, por mejor decir, sus pecados, que estando una noche durmiendo, con la llave del arca metida en la boca, se produjo un hecho inusitado, aunque perfectamente explicable. Ello fué que el mozo debía tener la boca abierta de cierto modo y en ella colocada la llave en situación tan especial, que, al respirar Lázaro, su aliento entraba por el canutillo de la llave, produciendo un silbido muy fino y repetido, que alarmó al clérigo; pues hasta sus oídos llegó aquella musiquita misteriosa y particular.

—¡Es la serpiente que silba!—exclamó el desvelado, saltando de la cama y armándose del consabido garrote.—¡Esta vez no se me escapa!

Guardóse de encender la luz, para no espantar al reptil, y a tientas, guiándose por el silbido de la imaginaria serpiente, se dirigió al rincón donde Lázaro dormía, éste bien ajeno a la desgracia que le acechaba.

Tan grande era el afán del cura por dar muerte al asqueroso animal que se comía sus panes, según era su creencia, que, cegado por la ira, no tuvo en cuenta que allí estaba dur-

miendo su criado. Oía muy claramente el silbido y no pensó sino en aplastar a la serpiente. Así es que levantó el garrote para dejarlo caer con toda su fuerza sobre el sitio de donde salía el silbido, con lo cual recibió Lázaro en la cabeza un tremendo estacazo, que le privó del sentido.

Un grito se escapó, sin embargo, de la garganta del mozo, y esto hizo comprender al cura el daño que había causado. Fuese corriendo a la cocina a buscar una luz, y, al volver, halló a Lázaro desmayado y con la cara bañada en sangre. Pero todavía tenía en la boca la llave del arca, causa de su infortunio, cosa que llamó la atención de su amo poderosamente, hasta el punto de olvidarse del herido, por interesarle mucho más descubrir aquel misterio que la presencia extraña de una llave hacía vislumbrar.

Cogió la llave, asaltado por repentina sospecha, y fué a ver si servía para abrir el arca de los panes. Pudo en seguida convencerse de que, en efecto, con aquella llave podía abrirse el arca, y exclamó:

—Al fin dí con el ratón y la serpiente que

me robaban el pan. ¡No ha sido desaprovechada la noche!

Lázaro estuvo sin conocimiento tres días seguidos. Algunos vecinos, entendidos en el arte de curar, le asistieron, llenándole la cabeza de aceites y ungüentos, envolviéndosela, además, con muchos trapos. El cura explicó a todos el motivo por el cual estaba su criado en tan lamentable situación, y todos encontraron bien empleado el soberano estacazo que había recibido.

Por fin, al tercer día, volvió Lázaro en sí y espantóse al verse tumbado en sus pajas y con la cabeza vendada.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

Y dijo el cura:

—Ha sucedido que cazamos a la serpiente.

Lázaro no quiso preguntar más, porque en seguida cayó en la cuenta de que había sido descubierto. Entonces los vecinos, viéndole ya vuelto en su acuerdo, dieron gracias a Dios y dijeron al cura:

—Ha pasado el peligro. Eso no será nada.

Pusiéronse todos a comentar con mucha alegría las travesuras de Lázaro, mientras éste

tentábase la cabeza, que le parecía tener como un bombo. Luego diéronle de comer, y comió con apetito, a pesar de su mal ; pues el hambre era su inseparable compañera desde que salió a correr mundo. Y como tenía el muchacho una recia complexión y estaba hecho a las penalidades, no tardó más de quince días en poder levantarse, si no completamente sano, al menos con fuerzas para valerse a sí mismo.

Un día, después de haber abandonado su triste lecho de pajas, llamóle el cura, le tomó por la mano y le llevó a la calle. Cuando le tuvo puesto en ella, le dijo :

—Lázaro, tuyo eres ya y no mío. Busca otro amo y vete a la paz de Dios, que yo no quiero tener en mi compañía a un servidor tan diligente. Tú debes haber sido lazarillo de ciego alguna vez, a juzgar por tus mañas. Anda, hijo, y que el Señor guíe tus pasos.

Santiguóse, como si fuera Lázaro un endemoniado, y se volvió a meter en su casa, cerrando la puerta.

UN ESCUDERO POBRE Y PRESUMIDO

LÁZARO de Tormes no supo, al pronto, todavía, vendada la cabeza, flaqueán-hacia dónde dirigir sus pasos. Débil dole las piernas a causa de la debilidad y sin una mala moneda en el bolsillo, no se le ocurrió hacer otra cosa que pedir limosna. Su aspecto lastimoso y lo plañidero de su voz conmovían a las gentes. Anduvo de pueblo en pueblo, siempre pidiendo un poco de pan por el amor de Dios, y así llegó, por caminos polvorientos, a la ciudad de Toledo. No creemos necesario decir que dormía al aire libre, cuando llegaba la noche, bajo el espléndido dosel del cielo, cuajado de estrellas.

Quince días anduvo errante, y en este tiempo logró reponer por completo su quebrantada salud, hasta poderse quitar la venda de la cabeza, pues tenía ya curada la herida. Pero cuando las gentes le vieron sano, ágil y fuerte,

sonrosadas las mejillas, vivos los ojos, se negaron a socorrerle.

—¡Anda, bellaco!—le decían.—Búscate un amo y gánate el pan que comes con el sudor de tu frente.

¿Un amo? ¿Dónde encontraría Lázaro otro amo que le asegurara el sustento y fuera con él, no digamos bondadoso, pero siguiera caritativo?

Cierto día vagaba Lázaro por las calles toledanas, muy estrechas, empinadas y retorcidas, cuando se tropezó con un escudero que no tenía mal porte. Era un hombre flaco, alto, de simpático continente, cuyo vestido, sin ser nuevo ni lujoso, demostraba la posición desahogada de su dueño por su limpieza y buen estado. Iba el escudero aseadísimo, cuidadosamente peinado, y caminaba muy tieso, llevando el paso al compás y dándose importancia como un gran señor.

Al ver a Lázaro, que se estaba parado en medio de la calle y vacilaba entre si tomar por la derecha o volverse a la izquierda, le dijo:

—¿Muchacho, tienes algo que hacer?

—Nada, señor—contestó el vagabundo.

—¿Buscas amo?—volvió a preguntar el escudero.

—Sí que le busco y no le encuentro—dijo Lázaro.

—Pues, sígueme—continuó el desconocido ; —yo te tomo a mi servicio, y da gracias a Dios de haberte topado conmigo, porque mejor amo no podías encontrar. Sin duda has rezado hoy una buena oración. ¡ Anda, vámonos !

Echó a andar el escudero y le siguió Lázaro, muy contento de haber encontrado acomodo. Era de mañana, y recorrieron gran parte de la ciudad, cruzando muchas calles y plazas. En distintos sitios vió Lázaro que vendían pan, carne, huevos, jamones, longanizas y otras viandas. Estaba esperando que su nuevo amo se detuviera a comprar algo, pues cabalmente era la hora justa de hacer las provisiones para el día ; pero el escudero seguía adelante, muy a paso tendido, sin mirar siquiera aquellos ricos manjares.

—¡ Bah !—pensó Lázaro.—Es que no los halla a su gusto. Ya comprará cosa mejor en otra parte.

Pero siguieron andando hasta las once de la

mañana, y el escudero no demostró interesarse lo más mínimo por aquellas cosas que encandilaban los ojos de su criado.

Por último, cuando a éste le flaqueaban ya las piernas de tanto rodar por las calles, entró el escudero en la catedral y se puso a oír misa con gran devoción. Lázaro hizo lo propio y asistieron después a otros oficios divinos, hasta que terminaron todos y se quedó la iglesia vacía de fieles. Entonces salió el escudero del templo y echó calle abajo, sin decir palabra. Lázaro le seguía muy contento, porque era ya la hora de comer y habíase hecho la siguiente reflexión:

—Es seguro que mi nuevo amo tiene en su casa provisiones para varios días y una persona encargada de prepararlas. Voy a darme un banquete, pues me parece que llega a mi nariz el olorcillo de un comida suculenta.

Daba la una de la tarde cuando llegaron a una casa delante de cuya puerta se detuvo el escudero. Este se echó una punta de la capa sobre el hombro, con ademán muy elegante, y sacó de una de sus mangas una llave, con la cual abrió la puerta.

Entraron. La casa tenía un zaguán muy obscuro y estrecho; seguía después un pequeño patio, y, finalmente, se encontraban las habitaciones, todas ellas completamente desnudas. Allí no había ni sillas, ni mesa, ni bancos, ni arcas ni nada. Lázaro no vió sino un poyo, especie de asiento de ladrillo, adosado a la pared.

Quitóse el escudero la capa y dijo:

—¿Tienes las manos limpias, muchacho?

Lázaro contestó que sí, y entonces le mandó su nuevo amo que le ayudara a sacudir y doblar la capa, operación que hicieron entre los dos con mucho cuidado, como si aquella prenda hubiese sido de seda y bordada en oro. Dejaron la capa en el poyo, muy dobladita, y el escudero, sentándose junto a su capa, preguntó:

—Tú, mozo, ¿has comido ya?

—No, señor—contestó Lázaro.—No eran todavía las ocho de la mañana cuando tropecé con vuestra merced.

—Pues, aunque de mañana, yo había almorzado ya—dijo el escudero,—y siempre que almuerzo me estoy luego sin probar bo-



|| . S . | . . || . . ;

...operación que hicieron entre los dos, con mucho cuidado

cado hasta la noche. Pásate como puedas, que después cenaremos.

Lázaro estuvo a punto de desmayarse. ¡Qué amargo desengaño después de haber esperado con tanta ilusión un plato colmado de buenas viandas! Se le saltaron las lágrimas al pobre chico pensando que le perseguía la mala suerte y que una perspectiva de nuevos y crueles ayunos se le ofrecía en lo porvenir. Si desventurado y mísero era el clérigo de Maqueda, triste y muerto de hambre parecía el escudero toledano. ¿Podía darse más adversa fortuna?

—Señor—dijo Lazarillo,—mozo soy que no me fatigo mucho en comer, y tengo confianza en que me durará cien años la dentadura, pues apenas hago uso de ella. ¡Bendito Dios, que de mis ayunos bien puedo alabarme! Dudo de que ningún otro criado me aventaje en comer poco; todos los amos que he tenido han loado mucho mi sobriedad y abstinencia.

—Eso está muy bien—aprobó el escudero,—y siento que, por tu virtud, voy a quererte más. El hartarse no es propio de personas, sino de cerdos. Todos los hombres de bien se distinguen por comer poco y con regla.

Lázaro, aunque otra cosa demostrase, no estaba convencido de que el ayuno fuese una virtud necesaria como regla de buena vida. «¡Que te confunda el diablo!—pensaba.—Tú no comes porque no tienes, y el remedio que a mí me das para ti lo dejas.» Esto pensando, fué a sentarse en una piedra que había en la calle, junto a la puerta de la casa. Sacó de su faltriquera unos zoquetes de pan que le habían dado de limosna y se puso a comerlos con muy buen apetito.

Así que le vió comer con tanta gana, llamóle su amo con estas palabras:

—Ven acá, mozo; ¿qué comes?

Se acercó Lázaro al escudero, mostrándole tres mendrugos a cual más duro. El escudero se apoderó del mayor de los tres, diciendo:

—Parece un pan excelente. Voy a probarlo.

—¿No me decía vuestra merced que estaba sin gana a esta hora?—preguntó Lázaro.

—Así suele ocurrir cuando me desayuno; pero ¡por mi vida, que me ha tentado tu pan con su buen aspecto! ¿Dónde lo has comprado? ¿Sabes si lo amasaron manos limpias?

—Esa es cosa que jamás averiguo—advir-

tió Lázaro ; — me basta con que tenga buen sabor.

—Pues yo te digo, Lázaro querido—prosiguió el escudero, a tiempo que daba al mendrugo furiosas dentelladas,—que este pan está sabrosísimo.

Vió el criado que su amo tenía mucha prisa en dar fin del mendrugo, y temiendo que le pidiera más pan, apresuróse él también a terminar su parte. Cuando no quedaron más que las migas de esta frugal comida, levantóse el escudero, se sacudió con la punta de los dedos y entró en su cuarto, volviendo luego a salir con un jarro en la mano. Bebió del jarro un buen trago y ofrecióselo después al muchacho.

—Gracias, señor—dijo éste, haciéndose el melindroso, para guardar el bien parecer.—No bebo vino.

—Es agua—declaró el escudero ;—puedes beberla.

Bebió Lázaro, desengañado otra vez, y devolvió el jarro.

—¡ Vamos, en esta casa tengo yo un porvenir !—pensó tristemente.

* * *

Estaba Lázaro abismándose en sus negros pensamientos, cuando le sacó su nuevo amo de la reflexión, para mandarle que le acompañara a tender la cama.

—Es un trabajo que, en adelante, harás tú solo ; pero necesario es que te enseñe primero —dijo.

Entraron en la cámara, que no podía ser más obscura y mísera. Había un cañizo sobre unos viejos bancos de madera, y sobre el cañizo un colchón. Este era duro y negro. En vano trataron de ablandarlo el escudero y su criado, porque apenas tenía lana, y el cañizo se incrustaba en él de tal manera, que se veía marcado, sobre el triste colchón, el relieve de las cañas. Una manta raída servía de cobertor. Lázaro no vió sábanas ni almohadas en parte alguna. Tampoco vió otros muebles que la cama ni le pareció ser ésta más cómoda que el santo suelo.

Hecha que estuvo la cama, demostró el amo gran curiosidad por conocer antecedentes de la vida de su criado, razón por la cual le abru-

mó a preguntas. Uno y otro se pasaron la tarde charlando, y cuando cerró la noche, dijo el escudero :

—Querido Lázaro, se nos ha pasado el tiempo sin sentirlo, en amable conversación, y es lo malo que ni tú ni yo hemos hecho memoria de la cena. Ha cerrado la noche y nos encontramos sin provisiones. De aquí a la plaza hay gran trecho ; abundan en la ciudad los ladrones y está este barrio muy oscuro. Prefiero estarme sin cenar a correr el peligro de que me roben la capa. Pasemos, pues, como podamos, y mañana Dios dirá.

—Señor—declaró Lázaro, haciendo de tripas corazón,—no tenga vuestra merced ninguna pena, que yo me paso muy bien una noche sin cenar, y más que fueran también las pasaría.

—Así gozarás siempre de envidiable salud —dijo el otro, muy serio, como si pronunciara una sentencia.—Ya antes te declaré mi opinión sobre este punto : para estar siempre sano y vivir mucho, no hay como comer poco y muy de tarde en tarde.

—¡ El diablo te lleve !—pensó Lázaro.—No

necesito yo de estos consejos, pues siempre he guardado la regla del ayuno, no por mi gusto, sino por fuerza, y como no espero cambiar de fortuna, doy por seguro que viviré mil años, ya que sólo puedo comer muy pocos días.

Se acostaron aquella noche sin probar bocado. El escudero, luego que se hubo quitado el vestido, puso las calzas y el jubón, principales prendas de su indumentaria, en la cabecera de la cama, para que le sirvieran de almohada. Tendióse él después, haciendo crujir el cañizo de modo lastimero, y dijo a Lázaro que se acomodara a sus pies como pudiera.

Pasó éste muy mala noche, primero porque tenía el estómago vacío y, además, porque sus huesos encontraban muy duras las cañas. Pero el muchacho era de buen natural, a pesar de sus desdichas, y se guardó de proferir ninguna queja. Antes bien se estuvo muy quieto, para no despertar a su amo, aunque no pudo él pegar los ojos, y entre oraciones pedía a Dios que le enviara la muerte, si no le consideraba digno de su divina protección.

Amaneció, por fin, el día y se levantó el

escudero muy animoso. Lázaro ayudóle a vestirse, operación que hizo aquél con mucha parsimonia y cuidando de que no quedara en sus ropas ni una mota de polvo. No habría puesto más esmero en su persona un caballero elegante. Después que estuvo muy lavado y peinado y correctamente vestido, dijo a Lázaro, a tiempo que se ponía la espada en el cinto :

—¡ No sabes tú, amigo, qué pieza es ésta ! No la cambiaría ni por todo el oro del mundo. Jamás se ha visto acero toledano de más fino temple. ¡ Es una maravilla !

Sacóla de la vaina y continuó :

—Fíjate bien. No verán tus ojos otra espada igual por muchos años que vivas. Puede cortarse con ella un copo de lana, un cabello, una pluma cogida al aire.

—¡ Mejor cortarían mis dientes un pan de cuatro libras !—pensó Lázaro.

El escudero, luego de haberse pasado un buen rato contemplando con orgullo su famosa espada, tal vez creyendo deslumbrar con el brillo de su hoja al hambriento y mal pagado servidor, volvió a meterla en la vaina y dió

algunos paseos por la habitación, demostrando poseer el más gentil continente.

Iba con el cuerpo muy derecho, apoyada la mano en el puño de la espada, inclinada la cabeza a un lado para dar más arrogancia a la postura. A veces se echaba una punta de la capa sobre el hombro y otras veces sobre un brazo, siempre con mucho donaire, o se llevaba la mano a la cintura, deteniéndose y adoptando una actitud estatuaría de conquistador o de príncipe. Su paso era pausado y solemne; sus movimientos no se diferenciaban de los que son familiares, o lo eran entonces, a los caballeros cortesanos.

Se detuvo, por fin, ante la puerta, ya dispuesto a marcharse, y dijo a Lázaro:

—Mozo, mira por la casa en tanto voy a oír misa. Haz la cama y vé al río a llenar de agua el jarro. Pero cuida, al salir, de dejar la puerta bien cerrada; no vaya a suceder que entren ladrones y se apoderen de nuestro ajuar. Deja la llave en el quicio, para que yo la encuentre al volver, si no estuvieras tú en casa. ¡Adiós, criado mío!

Y echó calle arriba con tan alegre semblan-

te y gentil continente, que bien podía creerle la gente el más feliz de los hombres, rico y emparentado con duques y marqueses.

Lázaro le estuvo contemplando, hasta que torció al final de la calle ; y pensaba el mozo :

—Señor, ¿quién lo diría que mi amo no ha cenado, ni dormido en buena cama? ¿Quién podrá sospechar que tampoco ha probado el desayuno? ¿A quién no engañará con su buena disposición y airosa capa? ¿Y quién podría pensar que hombre tan gentil se pasó todo el día de ayer con un mendrugo que le dió su criado? ¡ Oh, Señor, Dios mío ! ¡ Cuántos debe haber en el mundo, que por el bien parecer pasan trabajos que por Vos no pasarían !

Como puede verse, Lazarillo, aunque pequeño, por lo mucho que se había avivado con el hambre su inteligencia, pensaba ya como una persona mayor y aun como un filósofo.

* * *

Cuando Lázaro quedóse solo en la triste y desnuda casa, buscó por todos los rincones una escoba con que barrerla ; y no dando con

ella en parte alguna, dedicóse a tender y ablandar el duro lecho donde habían dormido juntos, aquella noche, él y su desventurado amo.

Muy pronto quedó terminado este quehacer y otra vez registró el muchacho las escasas dependencias de la casa, con la vaga y temeraria ilusión de encontrar algo que fuera de algún valor y pudiese hacerle concebir esperanzas para lo porvenir. Nada encontró, ni siquiera una escoba, como hemos dicho, objeto tan necesario a quien debía atender a la limpieza; así es que, no sabiendo en qué ocuparse, cogió Lázaro el jarro del agua y fué a llenarlo al río.

El río Tajo bordea la altura hacia donde suben, empinadas, las calles toledanas. La ciudad corona aquella eminencia del terreno, y, a sus pies, desemboca el Tajo en un risueño valle. Había en el valle, en el siglo XVI, y los hay también ahora, hermosos huertos, que aumentan el encanto de aquellas frescas riberas. Casi todos los días, en los tiempos que vivió nuestro Lazarillo, sobre todo durante el verano, la gente desocupada de la ciudad paseaba

por la orilla del río, viéndose entre los paseantes a muchas mocitas de airoso talle, cubiertas con sus rebozos.

Era aquel lugar, por consiguiente, propicio a los galanteos, y allí vió Lázaro a su amo que cortejaba a dos alegres muchachas, diciéndoles más dulzuras que escribió Ovidio, poeta latino muy famoso.

Las dos jóvenes reían las ocurrencias y pipos del presumido escudero, que hacía mil gentiles zalemas y aseguraba estar enamorado de las dos, todo esto sólo por darse importancia de caballero galante y rico. Hasta que una de las muchachas, al parecer muy viva de genio y amiga de gastar bromas, dijo al galanteador :

—Pues que tan rendido de amor estáis, caballero, bien podríais darnos una prueba de que son sinceras vuestras palabras. Invitadnos a almorzar, que hay aquí donde sirven muy bien de comer.

El escudero perdió el color de la cara cuando esto oyó, pues no tenía en la bolsa ni un maravedí. Se excusó como pudo, y viendo que sus excusas eran celebradas por las dos jóve-

nes con grandes risas, sintióse corrido y avergonzado y escapó más ligero que una liebre.

Esta escena la había presenciado Lázaro desde una huerta vecina, sin ser visto de su amo. El muchacho se entretenía comiendo alguna verdura cogida en la huerta, pues no le deparaba Dios, aquel día, otro desayuno. Sintió tanta pena de la desdicha de su amo como de no tener qué comer sino tronchos de berzas; pues era sensible a las desgracias ajenas como a las propias. Y se volvió a la casa, pensando tristemente:

—Ese pobre amo mío es todavía más desdichado que yo; yo no cuento entre mis desdichas la de ser presuntuoso.

Y es así la verdad: la presunción, que viene a ser algo peor todavía que el orgullo exagerado y sin fundamento, sólo acarrea desventuras a los que la tienen. Es un obstáculo para ganarse la vida, pues los presuntuosos suelen avergonzarse de tener que trabajar para vivir, y ocultan su miseria a las mismas personas que podrían remediarla. ¡Cuánto más vale ser sencillo en la vida, dejando a un lado las tor-

pes vanidades, que ofenden a Dios y nos hacen antipáticos a los hombres!

Este era el sentir de Lázaro, a quien las desgracias habían hecho un poco sabio, no obstante ser un niño todavía. Y como la presunción de su amo estaba él muy lejos de sentirla, iba pensando, al volver a la casa con el jarro lleno de agua, que era mejor pedir de puerta en puerta un pedazo de pan, por el amor de Dios, que dejarse morir de hambre y parecer a las gentes bien comido y satisfecho.

En efecto, hasta las dos de la tarde esperó el regreso de su señor, y como era pasada la hora de comer y la debilidad le tenía desfallecido, decidió salir a la calle para implorar la pública caridad, según había hecho otras veces.

Cerró la puerta, puso la llave donde le había mandado el mísero escudero y de nuevo volvió a la triste ocupación de pedir pan en todas aquellas casas donde le parecía podrían dárselo.

Era en esto un maestro. Su largo aprendizaje con el ciego que conoció en Salamanca y las prácticas que, por su cuenta, hizo más tar-

de, antes y después de haber conocido al clérigo de Maqueda, de tan triste memoria, le ejercitaron tanto en el oficio de mendigo, que con sus tiernas súplicas sabía conmover hasta a las piedras. Verdad es que pedía obligado por la necesidad, por manera que no había fingimiento en sus palabras; pero, esto aparte, el tono lastimero de su voz, muy suave y dulce, y su actitud humilde, pues cruzaba las manos sobre el pecho y bajaba, como avergonzado, la cabeza, movían el ánimo de las gentes piadosas a que hicieran una obra de misericordia.

Ello fué que le bastaron dos horas de lento paseo por las calles de la ciudad y de pedir en el santo nombre de Dios, para obtener una buena provisión de pan, que tanta falta le hacía. Por no haber sido la cosecha del año muy abundante, la caridad era poca; y, sin embargo, a las cuatro de la tarde había metido ya Lázaro en su estómago dos libras de pan, más o menos tierno, y tenía otras dos libras en la faltriquera. En una tripería le dieron un pedazo de uña de vaca y unas pocas tripas cocidas. Provisto de estos pobres alimentos, vol-

vió a la casa, donde estaba esperándole ya su amo, doblada la capa sobre el poyo y paseándose él por el patio.

Así que el escudero vió entrar a su criado, le dijo :

—¿De dónde vienes? Largo rato hace ya que te espero.

Lázaro se asustó un poco, temiendo le reñiría el amo por su tardanza. Pero contestó la verdad :

—Señor, hasta las dos estuve esperando a vuestra merced ; y, viendo que no volvía y que el hambre me atormentaba, salí a encomendarme a las buenas gentes.

—Pues yo también te esperé para comer— manifestó el escudero.—Tardabas mucho, y comí solo. Por cierto que, creyendo no volverías más, nada de la comida te he guardado.

—No pase por esto cuidado vuestra merced —dijo Lázaro.—Yo traigo aquí lo bastante para no irme a la cama sin cenar. Vea lo que me han dado los toledanos caritativos.

Y mostró el pan y las tripas que traía.

El escudero puso cara risueña a las provisiones y dijo :

—Sabes obrar como un hombre de bien, Lázaro ; pues en pedir por el amor de Dios no hay pecado ninguno. Vale más pedirlo que robarlo. Pero una advertencia he de hacerte, y es que a nadie digas que vives conmigo. Si la gente supiera que, estando a mi servicio, vas a pedir limosna, sufriría mucho mi dignidad, y yo estimo en más la dignidad que la vida.

A esto contestó Lázaro con mucha discreción :

—Esté tranquilo, señor, sobre este punto, que nadie ha de pedirme cuenta ni yo tengo que darla.

—Come, pues, pecador—dijo el escudero, —que, si a Dios place, pronto nos veremos libres de tanta necesidad. Me persigue en Toledo la mala suerte ; desde que entré en esta casa marchan tan mal mis asuntos, que dudo pudieran marchar peor.

—Dicen que hay casas que tienen mala sombra—advirtió Lázaro,—y también dicen que se entra en algunas con mal pie, razón por la cual siempre están en desgracia los que en ellas viven.

—Así debe ser — confirmó el escudero. —

Pero te prometo, amigo, que no estaré en esta casa más de lo que dure el mes. Cansado estoy ya de sufrir contrariedades, y no dudo de que la mala sombra de la casa tiene la culpa de cuanto me sucede.

Dicho esto, se puso a pasear otra vez por el patio, con aire de persona a quien abruman las preocupaciones. Ciertamente, el no tener qué llevarse a la boca es suficiente motivo para preocupar a un hombre, sobre todo si, además de pobre, es presumido.

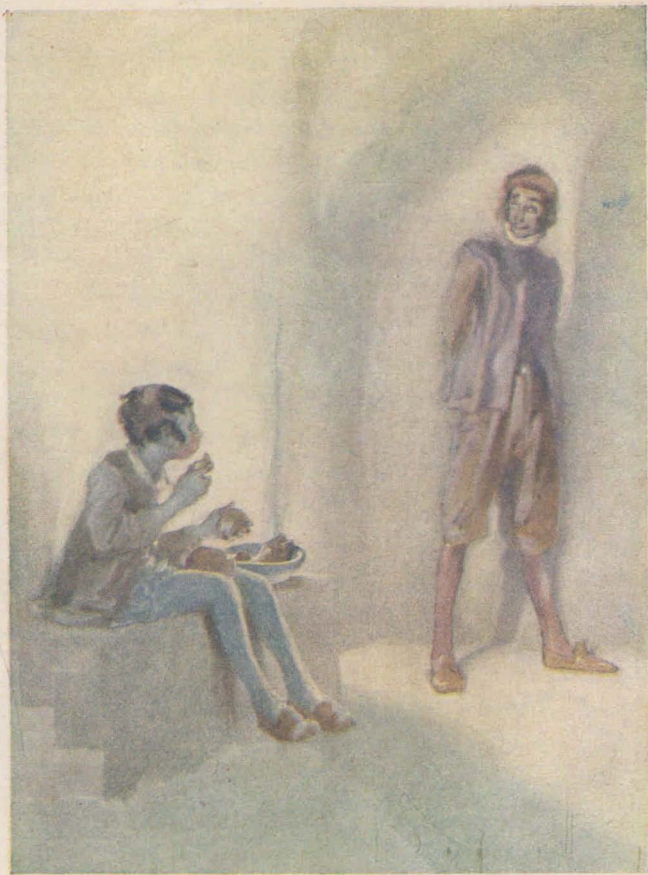
IV

LAZARO MANTIENE A SU SEÑOR

AUNQUE Lázaró había merendado ya con el pan que le dieron las buenas almas, era llegada la hora de la cena y otra vez el gusanillo del apetito le hacía cosquillas en el estómago. Por mostrar aflicción ante las preocupaciones de su amo, no había de estarse sin comer, mucho menos ahora, que tenía pan suficiente y unas tripas cocidas para mayor regalo.

Sentóse en el poyo, extendió sobre sus rodillas los mendrugos y la vianda que le habían dado en la tripería y púsose a comer con la buena disposición que le era peculiar.

El escudero seguía paseándose; pero, de vez en cuando, echaba sobre la cena de Lázaró unas miradas que partían el corazón. Al mozo no le pasó inadvertido el deseo de su amo, pero no se atrevía a convidarle por temor



El escudero seguía paseándose ; pero, de vez en cuando, echaba sobre la cena de Lázaro...

de ofenderle. No obstante, estaba deseando Lázaro que le pidieran lo que él no osaba ofrecer, teniendo en cuenta los escrúpulos de su señor, y no le sabía bien el pan sólo por pensar que, a su lado, había quien pasaba hambre verdadera.

Por fin, el escudero no pudo contenerse: se detuvo delante de su criado, que seguía comiendo en silencio, y le dijo:

—La verdad es, Lázaro, que no he visto hombre en mi vida que coma con la gracia que tú comes. Tanto es así, que cualquiera, al verte, por muy desganado que esté, recobra el apetito.

El mozo sonrió modestamente. «Ya sé yo lo que a ti te pasa», pensaba. Pero como dábale verdadero pesar la situación de su amo, quiso ayudarle a que se decidiera a compartir con él la humilde cena.

—Señor, es que estas viandas, aunque pobres, saben muy bien. El pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca, muy bien cocida y sazónada, es manjar delicioso.

Así dijo Lázaro, y en seguida preguntó el escudero:

—¿Uña de vaca es lo que comes?

—Sí, señor.

—Pues no hay mejor bocado en el mundo, Lázaro amigo. Yo he preferido siempre la uña de vaca al faisán y a las perdices. ¿Y dices que está bien sazonada?

—No tiene vuestra merced más que probarla; estoy seguro que me dará la razón.

—Probemos, pues; a ver si está como dices.

—¡Ahí va un pedazo! ¡Repito que a mí me sabe a gloria!

Dió Lázaro a su amo algunos zoquetes de pan, los más blancos y tiernos que tenía, además de un trozo de uña de vaca, y el hambriento se puso a comer, fingiendo al principio no tener gana, pero royendo después los huesos como pudiera haberlo hecho un galgo.

—¡Magnífico! ¡Este es un manjar de príncipe!—exclamó.—Te tratas, Lázaro, como un gran señor.

—¡Dios premie la caridad de los toledanos!
—dijo el muchacho.

—Te aseguro que me ha sabido la uña de

vaca como si no hubiese probado bocado en todo el día.

—¡ Así debe ser la verdad !—pensó Lázaro.

Después que hubieron consumido hasta las migas de aquel mísero banquete, pidió el escudero el jarro del agua. Fué Lázaro a buscarlo y vió que estaba lleno, señal de que mintió su señor cuando dijo que había almorzado opíparamente. Bebieron sendos tragos y se acostaron. Aquella noche la pasó Lázaro mejor que la anterior, pues tenía en el buche más abrigo.

Pasaron ocho o diez días, y la situación continuaba siendo igual. Todas las mañanas íbase el escudero, muy compuesto y gentil, a papar aire por las calles, y el criado tenía que arreglárselas como Dios le daba a entender para cuidar de su sostenimiento.

El infeliz reflexionaba muchas veces al día sobre su desastre ; pues, habiendo escapado de dos amos ruines, vino a topar con un tercero a quien tenía que mantener. Y no le quería mal, sin embargo ; al contrario, le socorría siempre en su necesidad con las pocas cosas que le daban de limosna, y hasta se pasaba él

con media ración para dar a su amo desventurado la otra media.

—Este no me da porque no tiene—pensaba Lázaro.—Es pobre; si fuera rico, sin duda sería conmigo generoso, como lo soy yo ahora con él. En cambio, el ciego avaro de Salamanca y el cura mezquino de Maqueda, a quienes no faltaba y aun sobraba la comida, me habrían dejado morir de hambre.

Los buenos sentimientos del inteligente chiquillo se manifestaban de un modo indudable en estas reflexiones y en su conducta. Sentía por el escudero amor y lástima, aunque le disgustaba su presunción. Hubiera querido verle un poco más razonable, menos presuntuoso y fantástico, para que remediara su miseria. Pero comprendió Lázaro que su amo no podía cambiar de genio y que con su mal moriría. Y empezó a quererle con todos sus defectos, por considerarle un buen hombre, en el fondo, incapaz de hacer daño a nadie.

Compadezcamos nosotros también a los que rodean su vida de fantasías y no tienen qué comer. Son pobres diablos soñadores que se hacen infelices a sí mismos.

* * *

Ya hemos dicho en otra página que era aquel un mal año para toda la provincia de Toledo. La cosecha de trigo había sido tan escasa, que se elevó mucho el precio del pan, y las familias regularmente acomodadas, y las pobres con mucho más motivo, no compraban sino el indispensable. Queremos con esto dar a entender que no se daba pan de limosna, porque era muy caro, lo cual ocasionó a Lázaro la consiguiente desazón, ya que veía perderse con ello toda posibilidad de mantenimiento para él y su amo.

Y fué lo peor que, por acuerdo del Ayuntamiento, se prohibió la estancia en Toledo de todos los pobres procedentes de otras tierras. Así se hizo saber en público pregón, y se advertía, además, que todo pobre forastero a quien se sorprendiera pidiendo limosna, sería castigado con azotes.

Diríamos que a Lázaro no le llegaba la camisa al cuerpo si no supiéramos que, desde a poco de haber salido de Salamanca, no había vuelto el mozo del Tormes a ponerse camisa.

El temor de ser azotado hizo que Lázaro se abstuviera de mendigar, aún a trueque de verse reducido otra vez al ayuno forzoso. Había visto en la calle una procesión de pobres a quienes llevaban los alguaciles, teniendo algunos en la espalda, que mostraban desnuda, las huellas sangrientas del látigo. Un hecho de tal naturaleza, por lo que tenía de escarmiento ejemplar, era para poner en cuidado hasta al menos prudente.

Unas vecinas de la casa que habitaban el escudero y su criado, pobres hilanderas que sentían y practicaban la caridad, evitaron con sus modestísimos socorros que Lázaro pasara a mejor vida. Porque, no pudiendo el mozo ir a pedir un mendrugo por el amor de Dios, se entiende que nada entraba en su boca, no siendo el aire. Con lo que le dieron un día y otro las buenas hilanderas fué resistiendo; pero se le partía el alma viendo a su amo sin probar bocado. Salía el escudero todas las mañanas, como de costumbre, más largo y estimado que un galgo de buena casta, y volvía, ya entrada la tarde, limpiándose con una paja las junturas de los dientes. Daba a entender

de este modo que había comido, pero Lázaro no se dejaba engañar y compadecía profundamente a su pobre señor, quien repetidas veces se lamentó de vivir en una casa de tan mala sombra.

—¡Ay, Lázaro, hijo mío!—exclamaba.—La desdicha nos viene de esta vivienda, estoy seguro. ¡Mira qué triste y oscura es! Mientras aquí vivamos, padeceremos. Por fortuna, el mes toca a su fin y buscaremos mejor casa donde acomodarnos.

Estaban en esta afflictiva situación, cuando sobrevino un acontecimiento extraordinario, que llenó a Lázaro de sorpresa y de alegría. Una tarde llegó a casa el escudero con un real en la bolsa. Sabe Dios cómo pudo haberlo. Entró muy ufano, como si tuviera un tesoro, y dijo al criado:

—Toma, Lázaro, que ya va Dios abriendo su mano. Vé a la plaza y compra pan, vino y carne. Hoy es día de fiesta para nosotros.

Y añadió, mientras Lázaro, viéndose con un real en la mano, no sabía moverse de donde estaba, por no salir de su asombro:

—Voy a darte, además, una buena noticia,

para que te alegres : ya tengo alquilada otra casa y no viviremos en ésta sino lo que tarde en terminar el mes. ¡ Maldita sea, que el demonio debió ser quien puso en ella la última teja ! Digo ante el Señor, que me oye, la verdad : desde que vivo aquí no he probado bocado de carne ni he bebido gota de vino. Vé, hijo mío, a comprar lo que puedas, y comamos hoy como condes.

No se hizo repetir Lázaro la orden dos veces. Tomó el jarro, tiró el agua que en él había, y llevando muy cerrada la mano donde tenía el dinero, echó a correr calle arriba, con dirección a la plaza.

¡ Pero estaba de Dios que no le alcanzara ninguna felicidad sin sentir zozobra !

Ello fué que iba el chico echando sus cuentas, para ver cómo emplearía mejor su real, al objeto de que estuviese bien aprovechado, cuando se tropezó con un entierro que caminaba en dirección contraria a la suya.

Iban delante los curas, formando procesión, y después el muerto, que llevaban en unas andas cuatro hombres enlutados. Inmediatamente detrás del cadáver, una mujer que decía

ser la viuda lloraba su desdicha y ponía en alto los brazos como para mostrar al cielo su desesperación. Le acompañaban otras mujeres, todas vestidas de luto y todas guardando una actitud desolada de plañideras.

Lázaro se hizo a un lado, para dejar que pasara el cortejo, y oyó que la viuda decía, deshecha en llanto y dando grandes voces :

—¡ Marido y señor mío ! ¿ A dónde te llevan ? ¿ A la casa triste y desdichada . ¿ A la casa lóbrega y oscura ? ¿ A la casa donde nunca comen ni beben ?

Le entró a Lázaro un espanto horrible cuando esto oyó, porque parecióle que era a su casa adonde llevaban el muerto. No tuvo valor para seguir su camino, mucho menos habiendo advertido que el entierro iba calle abajo, o sea en dirección a la casa donde tanto habían sufrido él y su amo.

Volvió sobre sus pasos y entróse como loco en la casa, para correr adonde estaba el escudero esperándole. Se abrazó a él, dando muestras de un gran terror, y se puso a gritar :

—¡ Corred, señor ! ¡ Acudid a defender la puerta ! ¡ Quieren meternos en casa a un muer-

to ! ¡ Ya están aquí ! ¡ Pronto ! ¡ Pronto ! ¡ Van a entrar si perdéis un instante !

El escudero, asombrado, preguntaba :

—¿Qué es eso, Lázaro? ¿Qué voces das? ¿Qué te pasa? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?

—¡ Señor, que nos traen un muerto !—repetía el chiquillo, temblando de pies a cabeza.

—No te entiendo, muchacho—dijo el escudero.—Explicáte ; di lo que hayas visto.

—He visto un entierro que venía calle abajo—explicó Lázaro—y una mujer que caminaba detrás del muerto y decía : «¡ Marido y señor mío ! ¿A dónde te llevan? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿A la casa triste y desdichada? ¿A la casa donde nunca comen ni beben?» A esta casa, señor, nos lo traen.

El escudero se echó a reír, mientras Lázaro echaba la aldaba a la puerta, poniendo él, además, el hombro a modo de tranca.

—Ven acá, tonto—le dijo su amo ;—no tengas miedo, que el entierro pasará de largo.

En efecto, pasó el entierro, y la viuda repetía siempre lo mismo, sin que se le acabaran ni el aliento ni las lágrimas.

Después que la hubo oído el escudero y mientras se alejaba la enlutada comitiva, preguntó Lázaro, ya más tranquilo :

—¿Oísteis las palabras de esa pobre mujer?

—Sí, muchacho, y comprendo el susto que te entró en el cuerpo ; porque parece imposible pueda haber otra casa tan lóbrega y obscura, tan triste y desdichada como ésta. No entendiste que la viuda se refería a la tumba. Abre, abre y vé a comprar algo que comer.

—Deje, señor, que acaben de pasar la calle —dijo Lázaro.

Le duró a éste el susto todo el día. Empleó bien el real que le había dado su amo, haciendo el milagro de conseguir pan, carne y vino con tan poco dinero ; pero no comió a gusto. No se apartaba de su imaginación la imagen desolada de la viuda. Y por la noche, al dormirse, soñó que habían dejado el muerto en el zaguán de la casa.

* * *

Llevaba ya muchos días al servicio del escudero y no sabía Lázaro aún quién era su amo, de qué tierras procedía ni qué fortuna

esperaba. Nunca le preguntó nada respecto a su patria y familia, porque no quería parecer curioso, y, además, sabía muy bien que un criado no tiene derecho a pedir informes de su vida al amo a quien sirve. El ciego de Salamanca había enseñado a su lazarillo a ser discreto y humilde ante los superiores.

Pero, cierto día que pudieron comer alguna cosa cogida al azar, los dos habitantes de la casa lóbrega y desdichada, dijo el escudero, que parecía sentirse de buen humor siempre que le entraba algo en el buche :

—Ya debes haber adivinado, Lázaro, que yo no soy de Toledo, pues no me conoces aquí ningún amigo. Nací en un pueblo de Castilla la Vieja, y no soy pobre, aunque parezca serlo.

—Nunca he creído que lo seáis, señor—dijo el mozo, por no llevarle la contraria.—Se os ve en la persona que procedéis de muy buena familia.

El escudero continuó :

—Tengo en mi tierra un solar de casas que, si no se hubiesen derrumbado y en vez de tenerlas en el pueblo las tuviera en Valladolid,

valdrían más de doscientos mil maravedís, es decir, una fortuna. Tengo también un palomar en ruinas que, si se mantuviera en pie y lleno de palomas, me darían todos los años más de doscientos palominos.

Lázaro hizo un esfuerzo para contener la risa: le parecía que su amo hubo de vivir siempre de ilusiones, como lo demostraba ahora haciendo la cuenta de sus bienes.

—Poderosas razones debió tener vuestra merced para abandonar tan rica hacienda — advirtió el mozo, con la mayor seriedad.

—Sí, en efecto—dijo el escudero.—Me marché del pueblo por no quitarme el sombrero cuando me tropezaba con un caballero vecino mío. Quería yo que se lo quitase él primero, y no lo conseguí nunca. Siempre esperaba a que me descubriera yo, para descubrirse él después, lo cual dió motivo a que se sintiera herida mi dignidad.

—Pues yo—advirtió Lázaro—no me sentiría ofendido por tan poco y me quitaría el sombrero delante de todo el mundo, para evitarme pendencias.

—Eres muchacho y no sientes las cosas de

la honra. En los tiempos que vivimos la honra es el caudal de los hombres de bien.

—Con no robar ni hacer daño a nadie, yo me tendría por hombre muy honrado — dijo Lázaro.

—Es que, además, hay que tener orgullo, hijo mío—insistió el escudero.—Yo te digo que no admito ni admitiré nunca que pase un conocido por mi lado sin quitarse el sombrero muy bien quitado, así sea un conde. No pongo por encima de mí sino a Dios y al rey. Me considero tan hidalgo como el que más lo sea y exijo a cuantos me conocen que tengan en mucha estima mi persona. Recuerdo que un día estuve a punto de reñir con un oficial, y habríamos andado los dos a estocadas, sólo porque, siempre que me topaba, me decía: «Mantenga Dios a vuestra merced». Al fin hube de replicarle: «Señor don villano: ¿no podríais poner más buena crianza en vuestras palabras?» Desde aquel día me saludó de otro modo y se quitaba siempre el sombrero con mucha reverencia.

—¿Está mal dicho decirle a uno que le mantenga Dios?—preguntó Lázaro.

—Muy mal dicho cuando se trata a personas como yo. A mí, lo menos que se me puede decir es : «beso las manos de vuestra merced», o bien : «beso, señor, vuestras manos». No sufriré a ningún hombre, del rey abajo, que otra cosa me diga al saludarme.

Quedó pensativo unos momentos. Lázaro le contemplaba con lástima y a la vez con admiración, pues no había conocido en su vida otro caballero tan delicado en la honra como lo era en la suya su pobre amo. Este, que estaba aquel día en vena de contar sus cosas, continuó diciendo :

—Soy escudero y debería buscarme un señor hidalgo a quien servir. Verdad es que le busco, aunque sin prisa, para no equivocarme. Canónigos y señores de la iglesia, hallo muchos ; pero sus costumbres no convienen con las mías. La gente eclesiástica suele ser muy severa con los criados y lleva una regla de vida demasiado metódica. Algunos caballeros de media talla, es decir, regularmente acomodados, me han rogado que les sirva ; pero no me satisface el acomodo por no ver muy seguro el salario. En cuanto a los señores de tí-

tulo, que son los que me agradan, no encuentro ninguno, ¡y a fe que creo tener habilidad para darles gusto en todo! Si alguno me saliera, pienso que llegaría a ser su privado, porque sabría mentirle tan bien como otro, y reir sus donaires, y no decirle nunca cosa que le pesara, y mostrarme siempre diligente en el servicio, y averiguar vidas ajenas para contárselas, y vigilar su salud y divertirle en las horas de aburrimiento, según se hace en los palacios. En fin, tendré paciencia hasta que tope con el señor que me conviene, que no ha de durar siempre la negra suerte que me persigue desde que estoy en esta ciudad y vivo en esta desdichada casa.

Estaban en esto cuando entraron un hombre y una mujer, viejos ambos, pidiendo a grandes voces cierto dinero que les debía el presumido escuderillo de Valladolid. Eran los recién llegados el amo de la casa y la dueña de la cama donde dormían Lázaro y su desventurado señor.

Este se puso muy pálido, pero supo sobreponerse al susto y preguntar, haciéndose el ofendido:

—¿Qué hay? ¿Qué voces son esas? ¿Es así cómo se entra en la casa de un hombre de bien?

—Págueme el caballero el alquiler de dos meses, que me debe, y cerraré la boca—dijo el amo de la casa.

—Y a mí la cuenta de mi cama—añadió la vieja.—¡Queremos nuestro dinero!

—A ver, ¿cuánto se os debe?—interrogó el escudero, sin perder la serenidad y haciendo ademán de buscar su bolsa.

Lázaro asistía a esta escena un poco espantado. Sabía de cierto que su amo no tenía ni un maravedí. ¿Cómo iba a pagar, si estaba su bolsa vacía?

—A mí me debéis, por la casa, diez reales—declaró el propietario del inmueble.

—Y a mí tres por el alquiler de la cama—dijo su compañera, poniendo tres dedos de su mano muy cerca de los ojos del escudero.

—Bien; en total, trece reales—resumió éste, siempre sereno y digno.—Es una vergüenza que por trece míseros reales queráis alborotar al vecindario. Voy a pagaros en seguida que haya cambiado una moneda de oro. Esperad-

me aquí un momento, que no tardo en volver ni el tiempo que se emplea en rezar un Credo.

Y se marchó muy tieso, mirando por encima del hombro a sus acreedores, recogida una punta de la capa sobre el brazo y apoyada la mano izquierda en el puño de la tizona.

No volvieron a verle más ni los que esperaban cobrar ni Lázaro, su criado.

* * *

Como pasaran una hora, y dos y tres, sin que el escudero volviese, el amo de la casa y la dueña de la cama, que habían esperado de pie, por no tener dónde sentarse, pusieron el grito en el cielo. Alborotaron la calle, acudieron los vecinos y se hizo venir a un alguacil y un escribano.

Lázaro temblaba de pies a cabeza, temiendo tener que pagar él culpas ajenas. En efecto, los representantes de la justicia le interrogaron, amenazándole con meterle en la cárcel si no decía la verdad.

—Señores alguaciles — declaró el mozo, muy turbado ;—mucho me temo que no vuelva mi amo ni en mil años, porque me consta

que no tiene dinero ni amigo que se lo preste. A mí no me ha pagado jamás salario ni siquiera podía mantenerme. Esta es la verdad, como lo es que nunca encontré en esta casa otra cosa que la miseria.

—Este mozo es un pícaro—dijo el escribano.—No hay que fiarse. Registremos la casa y embarguemos todas las cosas de valor que haya en ella.

Seguidos de algunos vecinos, que servían de testigos, los representantes de la justicia recorrieron todas las destartaladas dependencias de la lóbrega y estrecha mansión, no hallando en ellas sino polvo y telarañas.

—¿Qué es de la hacienda de tu amo?—preguntaron otra vez a Lázaro.—¿Dónde están sus arcas, y alhajas y tapices?

El mozo, azorado, respondía:

—Nunca vieron mis ojos semejantes cosas... Yo no sé nada... Mi amo nunca me demostró ser rico... Yo no tengo la culpa, señor escribano.

Este se rascaba con la pluma detrás de una oreja y sonreía de un modo que daba a entender su desconfianza.

—Lo que pasa es que este bribón y su amo se han burlado de la justicia—dijo.—Durante la noche han vaciado la casa, llevando los muebles a otra parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que sin duda sabe dónde está su señor y no quiere decirlo, por ser su cómplice.

Se adelantó el alguacil, cogió a Lázaro por el cuello del jubón y pronunció estas palabras terribles :

—Muchacho, quedas preso.

Lázaro, muerto de miedo, dejó que las lágrimas manaran abundantes de sus ojos.

—Óiganme vuestras mercedes — exclamó con voz entrecortada por los suspiros.—Yo sé que mi amo tiene un buen solar de casas y un palomar derribado.

Se dulcificó la expresión del escribano al oír esto. Sentóse en el poyo y abrió el cartapacio sobre sus piernas, para escribir la declaración de Lázaro.

—A ver, habla, muchacho, habla, y no tengas temor—dijo.—¿En qué parte de la ciudad tiene tu amo un solar de casas?

—En su tierra lo tiene, que no en Toledo, señor—contestó el mozo.

—¡Mal negocio es este! — advirtió el alguacil.

El escribano arrugó el entrecejo otra vez, a tiempo que preguntaba :

—¿Y de qué tierra es tu amo?

—Me dijo que de Castilla la Vieja—declaró Lázaro.

Cuando esto oyeron el escribano y el alguacil, echáronse a reir, aun cuando comprendieran que no habría modo de cobrar la deuda. La ingenuidad de Lázaro demostraba que estaba limpio de culpa.

Entonces se adelantaron unas vecinas, apoyando la defensa del chico.

—Señores, este niño es inocente—dijeron.

—No hace muchos días que servía al escudero, de quien no alcanzó nunca ni un pedazo de pan. Nada sabe de la vida pecadora de su amo. Nosotras le dábamos de comer lo que podíamos, por el amor de Dios, y sólo de noche veía al hombre que se llamaba su señor, otro pobre diablo que seguramente no tiene donde caerse muerto.

Vista esta declaración de las vecinas, dejóse a Lázaro en libertad ; pero el escribano y el

alguacil reclamaron el pago de sus derechos al amo de la casa y a la dueña de la cama, que nada habían cobrado de su cuenta. Negáronse a pagar, por esta razón, a los representantes de la justicia, y se armó con ello un gran escándalo, saliendo todos a la calle en medio de ensordecedor griterío. Llevóse el escribano una manta, propiedad de la dueña de la cama, para cobrarse, y la vieja porfiaba por quedarse dicha prenda, tirando de la misma e insultando al que se la llevaba.

Así terminó la estancia de Lázaro con su tercer amo, quien no le había sido de mayor provecho que los dos anteriores. Quedaba otra vez el mozo en la calle, sin dinero, sin ropilla decente que ponerse, sin pan y sin ventura, encomendado a las buenas almas y a merced de la suerte caprichosa, para el pobre niño siempre adversa y cruel.

Sin embargo, Lázaro siguió su camino...

EL DOCTOR CURALOTODO

UN fraile mercedario, hombre bondadoso, pero excesivamente ocupado en los asuntos de la comunidad, que le obligaban a estar todo el día corriendo por las calles toledanas, para visitar personajes y señoras, fué el amo número cuatro que tuvo Lázaro de Tormes. Le recomendaron a este activísimo religioso las mismas mujerucas, vecinas de su amo anterior, que ya le habían socorrido en los días aciagos de su mayor miseria. Lázaro entró al servicio del fraile de la Merced haciendo propósito de permanecer en el mismo por poco que pudiera mantenerse y vestirse, es decir: aspiraba solamente a cubrir sus necesidades, las cuales ya sabemos que no eran muy grandes.

Sin embargo, aunque su nuevo amo tenía buen corazón y trataba al muchacho mejor que

le habían tratado el ciego de Salamanca, el cura de Maqueda y el escudero de Valladolid, no estuvo con él sino muy pocos meses. Y es que no podía seguirle en las continuas correrías de sus negocios seculares. Vivía el buen fraile en constante agitación, yendo de un lado a otro, y tenía que seguirle Lázaro echando los bofes.

Le compró el religioso unos zapatos, primeros que calzaron los pies del mocito de Tormes, pero no le duraron a éste ni una semana. Tanto era lo que caminaba al cabo del día.

La buena voluntad de Lázaro superaba en mucho a su resistencia física, pero sucedió, al fin, lo inevitable. Cierta vez que ya llevaban corriendo, amo y criado, diez horas seguidas, cayó el último extenuado, y, muy contra sus deseos, no pudo seguir.

—Padre—dijo al mercedario,—no puedo más. Tengo por seguro que llegaréis a ser santo y aun voy creyendo que ya lo sois, según os ayuda el Cielo en vuestra actividad maravillosa; pero yo, mísero pecador, siento que se me doblan las piernas y que me falta el aliento para poder seguiros. Que Dios os ben-



El mercedario

diga, pues trabajáis tanto en bien de la Religión. Yo no olvidaré nunca al más bueno de los amos que he tenido.

—Hijo mío—contestó el fraile,—temía verte desfallecer, como ha sucedido; porque, aunque me pareces fiel creyente, tu corta edad no te permite suplir con la fe lo que te falta de fuerza. Estaba muy contento de tus servicios y me apena tener que dejarte. Vuelve al convento, que allí puedes estar hasta que encuentres nuevo amo. Esto en premio del celo con que me has seguido hasta ahora. Y perdona no me entretenga más, porque hoy me queda mucho por correr todavía.

No obstante, no siguió el fraile su camino sino después de haberse cerciorado de que podía Lázaro volver por su pie al convento. El mozo vió cómo, después de haberle dado su bendición, se alejaba presuroso el buen mercedario, quien volaba más bien que corría.

—A este santo varón—pensaba Lázaro—le presta algún ángel sus alas, y yo no tengo sino pies para seguirle. ¡Vaya con Dios y deme a mí el Todopoderoso un poco de sosiego!

Nada más que sea digno de contarse le sucedió a Lazarillo mientras fué criado del fraile de la Merced. Este capítulo de su vida ofrece escaso interés, y por esto pasamos por él muy rápidamente. Estuvo en el convento algunos días más, descansando de sus pasados trotes, y se colocó luego con un señor que se decía licenciado en Medicina y que resultó ser, después, el más ladino y afortunado de los embaucadores o engaña bobos.

Se tropezó Lázaro con él una hermosa mañana que paseaba, ocioso, por las riberas del Tajo, entre las huertas exuberantes de verdor. Cruzóse con él un caballero de buen porte, que vestía de negro, y le dijo si quería abrocharle un zapato, cuya hebilla estaba suelta. El mozo se desvivía por complacer a todo el mundo y se apresuró a servir al desconocido, arrojándose a sus pies para sujetarle la hebilla indicada. En pago a este pequeño servicio, dióle el caballero una moneda.

—¿Cómo te llamas, muchacho?—preguntó luego.

—Lázaro de Tormes, señor, para servir a vuestra merced.

—Sí que podrías servirme—observó el caballero ;—pues pareces listo y muy a propósito para ser mi criado. ¿Con quién estás ahora?

—Los frailes mercedarios me tienen recogido en su convento.

—¡ Buena gente son los frailes ! ¿No has tenido amo nunca?

—Sí que lo tuve y otra vez deseo tenerlo, pues mi natural no se aviene con la ociosidad ; además, soy pobre, como habrá podido ver vuestra merced, y tengo que ganarme el pan que como.

El caballero pareció contento de oír hablar a Lázaro de este modo, pero se estuvo reflexionando unos instantes, como si abrigara alguna duda. De pronto, dijo, volviendo los ojos hacia el río :

—Oye, Lázaro : ¿cómo pescarías tú las truchas?

—Metiéndome en el agua hasta la cintura y buscando entre las rocas—contestó el mozo.

—No está mal pensado—continuó el caballero ;—pero hay quien las pesca en seco y sin salir de casa.

—Que me pongan a mí cerca de la alacena —dijo Lázaro,—y verá vuestra merced si las descubro por el olor.

El caballero sonrió, satisfecho.

—Ya me parecía a mí que eras mozo de buen olfato. Si buscas amo, vé mañana a verme a la posada que hay en la plaza de Zocodover. Yo te tomo a mi servicio.

Y se marchó sin decir más. Le vió Lázaro alejarse y abrió el alma a la dulce ilusión de un buen sueldo y una buena mesa. Aquel hombre tenía cara de pagar a sus criados con liberalidad.

Al día siguiente, fué el mozo de Tormes a verle a la posada y quedó convenido entre los dos lo necesario para que Lázaro tuviera nuevo acomodo y una esperanza de mejorar su suerte.

Su nuevo y quinto amo era hombre muy hablador. Gozaba de mucha fama y predicamento, no tanto por la eficacia de los remedios que daba a sus enfermos—ya hemos dicho que se dedicaba al arte de curar,—como por los discursos con que solía ponderar su profundo conocimiento de la naturaleza humana.

Era comúnmente conocido en Toledo y su provincia por el *doctor Cúralotodo*, no siendo doctor sino en marrullerías y habilidades para sacarle los cuartos al prójimo. No paraba en ningún sitio más de dos semanas y solía recorrer los pueblos vendiendo un específico de su invención que lo mismo curaba—al decir del trapacero que lo inventó—los dolores de muelas y el mal de ojo, las fiebres y la rabia, los cólicos y la tos, el reuma y las anginas. En fin, aplicaba el doctor Cúralotodo el mismo remedio a todas las enfermedades; y como era un grandísimo charlatán y vendía su específico en la plaza pública, siempre hallaba crédulos o desesperados que pagaban a buen precio sus embustes.

Lázaro se dió cuenta muy pronto de la casta de sabios a que pertenecía el pretendido doctor; pues apenas hubo llegado a la posada, ya su nuevo amo le presentó a cuanta gente había en la cocina, diciendo:

—Ved aquí a un muchacho que me debe la vida. Le encontré agonizante al borde de un camino, comido por la fiebre y sacando por la boca la poca sangre que le quedaba en el

cuerpo. Estaba el pobrecillo en los huesos y habría bastado el azote del viento para quebrarle el espinazo. Pero le di a beber mi licor maravilloso, y, a los tres días, trepaba por el tronco de un árbol, más ligero que una lagartija. Aquí le tenéis ahora, tan sano y coloradote como si nunca hubiese estado enfermo.

Lázaro estuvo a punto de soltar el chorro de la risa al ver lo serio que se ponía el doctor al decir una tan descomunal mentira ; pero, recordando otras patrañas semejantes del ciego que tuvo por maestro y tirano, no sólo no se rió, sino que hubo de aumentar el asombro de todos los presentes, añadiendo a lo dicho por su nuevo amo :

—Tan verdad es esto que acabáis de oír como que yo nací con una pierna torcida, que me enderezó un curandero de Salamanca a fuerza de tirones y de aplicarme en ella emplastos de ortigas machacadas. Hoy no hay chico de mi edad que me gane a correr.

Cuando estuvieron solos amo y criado, el primero alabó el ingenio y discreción de Lázaro, prometiéndole pagar un buen sueldo si

continuaba dando muestras de tan aguda inteligencia.



El doctor Cúralotodo no visitaba pueblo ni ciudad donde no tuviera de su parte a los alguaciles. Era siempre su primer cuidado ponerse en buenas relaciones con los representantes de la justicia, por lo que pudiera suceder, y a todos agasajaba enviándoles algún regalo baratito: unas lechugas murcianas, si era tiempo de haberlas; una docena de limas o naranjas, un cesto de melocotones o de peras verdiñales, en fin, lo que fuera en sazón y no muy caro. Así procuraba tener propicios a los alguaciles, para que favorecieran su negocio y le permitieran hacer experimentos en la plaza mayor. También procuraba enterarse de la suficiencia de los médicos del lugar, a quienes hablaba en latín cuando ellos decían no entenderlo; y si, por el contrario, eran profundos conocedores de esta lengua de sabios, entonces, temiendo dar algún tropezón, hablaba en

castellano vulgar, pero con mucho talento para engañar a todos.

Lázaro hubiera sido completamente feliz si no le doliera el alma de ver cómo el falso doctor se quedaba con el dinero de la buena gente que a él acudía en busca de un remedio para sus males. Sabía muy bien el mocito que el licor inventado por su amo no curaba nada, y por esto, por hallarse en el secreto de la superchería, sentía abrumada su conciencia por muy pesada carga. De no haberle asaltado estos escrúpulos, su vida, al lado del doctor Cúralotodo, habríase deslizado dulcemente, como las aguas del Tajo en el risueño valle abierto al pie de la imperial Toledo. Iba bien vestido, comía en la posada como un señor y su trabajo era leve y llevadero: se reducía a tener siempre muy limpia de polvo la ropa del doctor; ayudar a éste a vestirse y desnudarse; acompañarle cuando salía a vender su famoso remedio por las calles; llevar regalos a los alguaciles y llenar con agua del Tajo, que después teñía su amo con jarabe de cerezas, los frascos que compraban los incautos, creyéndoles llenos del licor maravilloso.



El doctor Curalotodo

Mil veces estuvo Lázaro a punto de descubrir el engaño, pero tampoco quería hacer traición a quien le daba de comer, y así, estando en estas dudas dolorosas, ocurrió un hecho que fué muy sonado en la ciudad y ayudó al mozo a tomar una resolución.

Es un hecho que merece contarse, por lo extraordinario y divertido ; y ocurrió del modo como vamos a referirlo.

Llevaba el doctor Cúralotodo quince días de estancia en Toledo y sus negocios marchaban un poco torcidamente, es decir, no vendía de su específico todos los frascos que deseaba ; porque dió la gente en murmurar y en mostrarse reacia a meter mano en la bolsa. Por calles y plazas, siempre a la caza de incautos, iba el doctor ponderando las excelencias de su remedio para todos los males, y los toledanos, aunque escuchaban sus discursos con suma atención, no parecían dejarse convencer, siendo pocos los que daban sus blancas a cambio de una botellita llamada, por el amo de Lázaro, *el talismán de la salud*.

Estaba con esto el doctor muy malhumorado y, por una nadería cualquiera, se peleaba con

todo el mundo. Así, sucedió que, una noche, después de cenar y por una cuestión de juego, riñó en la posada con un alguacil, trabándose uno y otro de palabras, todas ellas muy mal sonantes. El doctor llamó ladrón al alguacil, y éste, a su vez, motejó al otro de falsario. Puestos ambos en el disparadero, se insultaron recíprocamente hasta ponerse roncós, y, por último, Cúralotodo cogió un lanzón que tenía allí cerca, mientras el alguacil echaba mano a su espada. Cuantos habían presenciado la disputa comenzaron a dar grandes voces, con lo cual acudieron todos los huéspedes y muchos vecinos, que intentaron separar a los que reñían.

No se consiguió esto sino después de grandes trabajos, y aun corrieron peligro de ser víctimas del furor de los contendientes algunas de las personas piadosas que porfiaban por volverles a la paz. Por fin se logró desarmarles y entonces dijo el alguacil, hiriendo con la lengua el honor de aquel a quien no pudo atravesar con su espada :

—Este bellaco os engaña, amigos. Ni es médico ni hombre de bien. Lo que vende a los to-

ledanos es agua del río, que ninguna virtud tiene para curar. Ya pondré yo al corriente al Santo Oficio de las patrañas de este falso doctor, a quien espero ver en la hoguera por brujo y ladrón.

Fué necesario llevarse al alguacil y encerrar al doctor en su cuarto ; de lo contrario, no habrían terminado nunca las palabras injuriosas.

Al día siguiente, como de costumbre, fué el doctor a vender su específico frente a la iglesia, y estando en lo mejor de su discurso, en medio de un gran corro, y mientras la gente le oía con la boca abierta, presentóse de improviso el alguacil, y, con voz alta y pausada, pronunció estas palabras :

—Buenos hombres, oidme bien lo que voy a deciros : Este embustero que os predica quiso enredarme en su sucio comercio,, diciéndome que, si le ayudaba, partiría conmigo las ganancias. Es un sacamuelas ruin, y el licor que vende no es mejor medicina que el agua de la fuente. Yo quiero estar bien con mi conciencia y deciros la verdad. No le compréis esa porquería. Por haberme sentido un mo-

mento tentado de seguir sus consejos tengo remordimientos y estoy arrepentido. Dejo mi vara en el suelo y os hago testigos de haber venido a desmentir a quien sólo predica el engaño y la falsedad.

Dicho esto y apenas había dado un paso atrás para retirarse, el alguacil comenzó a vacilar, como si estuviera borracho, con gran asombro de cuantos le miraban, y acabó por caer y revolcarse sobre las guijas de la calle, a tiempo que se escapaban de su boca lastimeros ayes.

—¡ Socorredme ! ¡ Me muero ! — gemía el desventurado.

Algunas de las personas que estaban en el corro retrocedieron espantadas ; otras quisieron auxiliar al doliente alguacil, pero no sabían cómo ni con qué. Las quejas del caído eran por momentos más terribles.

—¡ El Señor le socorra y le valga !—decía la gente.—¡ Este hombre va a morir !

En efecto, le había entrado al alguacil un extraño temblor, daba fuertes pernadas, hacía espantosos visajes y echaba espumarajos por la boca.

—¡Estoy perdido! ¡Se me rompe el corazón!—gritaba.

—¡A ver!—ordenó el doctor Cúralotodo.—
¡Sujetadle bien, y le salvaré la vida!

Se echaron sobre el alguacil los hombres más recios y le sujetaron fuertemente. Entonces el doctor se acercó al enfermo y vertió en su boca algunas gotas de su medicina. Cesaron en el acto los temblores y las pernadas; volvió el color al semblante del pobre alguacil, que permaneció un buen rato quieto y jadeante, mientras su salvador sonreía victorioso.

—Ya está—dijo éste.—Pasó el peligro. No merecía, por haberme injuriado, que le socorriese; pero Dios nos manda perdonar a nuestros enemigos.

El alguacil se levantó del suelo y besó las manos que le habían devuelto la salud. Pidió al doctor que le perdonara, y, obtenida esta merced, marchóse a buen paso, muy avergonzado de su mala acción.

Aquel día vendió el doctor Cúralotodo cuantos frascos tenía de su maravilloso remedio.



Lázaro de Tormes, que había presenciado la cura del alguacil y que ahora necesitaba emplear todo el día en llenar botellitas con agua del río—¡tantas eran las que se vendían, vistos los efectos imponderables del prodigioso licor!—no salía de su asombro. ¿Qué misteriosa y divina propiedad tendría el agua del Tajo, que así curaba a la gente?

Para preservarse de todo mal, Lázaro se echaba al interior del cuerpo toda el agua que podía y aun metíase en el río de cabeza, seguro de que así quedaba libre, por dentro y por fuera, de toda enfermedad.

Sin embargo, le duraron poco tiempo estas ilusiones.

La fama del doctor Cúralotodo se había extendido por toda la provincia, y no pasaba día sin que llegaran a la posada de Zocodovergentes de los pueblos comarcanos, en demanda de alivio para sus dolores. Las ganancias del doctor fueron extraordinarias; iba éste llenando de monedas una bolsa tras otra, y,

al fin, tuvo necesidad de un arca donde guardar su tesoro.

Pero un día supo Lázaro que su amo y el alguacil a quien había salvado la vida, grandes amigos desde que ocurrió el hecho en el cual se basaba la fama y buena suerte del doctor, se repartían las ganancias y hacían burla de la buena fe de los toledanos. Descubrió Lázaro que lo de la cura del alguacil había sido una farsa preparada con tiempo y con muy pícaro intención; pues el alguacil fingió sentirse enfermo, de acuerdo con el doctor, para después decir que le había curado aquella medicina cuyas virtudes tenía la gente por muy dudosas. En fin, que el agua del Tajo no era diferente de la de otros ríos.

—¡Cuántos engaños así deben hacer estos burladores entre la gente inocente!—pensó Lázaro.

Y no quiso continuar por más tiempo siendo cómplice de una industria que consideraba, muy puesto en lo justo, como un pecado mortal.

Llevaba cuatro meses al servicio del falso doctor cuando, resuelto a ganarse la vida más

honradamente, despidióse de su amo, para ausentarse con un maestro de pintar panderos.

En este nuevo empleo duró poco tiempo, a causa del mal trato que le daban, y como iba siendo ya un hombrecito y tenía de la vida del criado muy amarga experiencia; prefirió probar la suerte una vez más a seguir sufriendo, resignado.

VI

DE CÓMO LLEGÓ LÁZARO A SER FELIZ

DURANTE cuatro años se empleó Lázarro, después de haber dejado la casa del maestro de pintar panderetas, en un oficio penoso y de escaso lucimiento, como es el de aguador. Aunque bajo y ruin, este oficio le daba para comer y le permitía vivir con cierta independenciam. Lamentamos no ver a nuestro héroe en situación más elevada, favorecido de la fortuna y marchando de cara a la prosperidad. Su buena voluntad y su natural inteligencia, así como los grandes padecimientos por que había pasado, merecían un premio.

Pero la fortuna es esquiva con aquellos que, desde la más tierna infancia, han tenido que buscarse por sí mismos el sustento. Privado de la solicitud, vigilancia y consejo paternas ;

solo en el mundo, con escasos recursos por no haber recibido otra educación que aquella que obtuviera yendo en compañía de un ciego mendicante, Lázaro no podía aspirar sino a vivir con su trabajo honrado, fuera éste muy duro o llevadero.

El oficio de aguador le agradó más que el de criado, porque tenía una utilidad más cierta. Su amo le había hecho depositario de un asno, cuatro grandes cántaros y un azote. Era su misión llenar los cántaros de agua en la fuente, cargarlos en los lomos del burro y andar por calles y plazas lanzando al aire un pregón :

—¡ Agua fresca ! ¿ Quién la quiere ?

Aseguraba el mismo Lázaro que fué éste el primer escalón que subió para alcanzar la buena vida. ¡ Bienaventurados los que tienen una ambición moderada y conveniente a su fuerza y capacidad !

El negocio del aguador era mísero, pero el mozo de Tormes no pensó jamás en hacerse rico. Cada día daba a su amo treinta maravedíes ganados, pero los sábados ganaba para él. También los demás días, si las ganancias excedían de los consabidos treinta maravedíes, se

quedaba con lo sobrante, según lo convenido con el propietario del burro y de los cántaros.

Al cabo de cuatro años, durante los cuales la vida del aguador transcurrió sin aventuras, sosegada y fácil como el curso de un riachuelo, Lázaro había ahorrado lo bastante para equiparse de ropa y adquirir una espada. Era ya un hombre y quería vestir como los hombres.

Compróse un jubón (vestidura que se usaba en aquellos tiempos, ajustada desde los hombros hasta la cintura), un sayo o casaca de manga trenzada y unas calzas, todo de fustán, que es una tela barata, de algodón. Se proveyó asimismo de ropa interior y de una capa muy amplia y airosa. La espada era de Cuéllar, ya pasada de moda ; pero a Lázaro le parecía, por ser la suya, la mejor del mundo.

Viéndose de este modo vestido y armado, y quedándole en la bolsa todavía algún dinero, dejó Lázaro el burro y los cántaros, para correr, otra vez, la suerte.

Lo que el mozo de Tormes deseaba era hacerse un hombre de provecho y ganar para la vejez, como hacen todas las personas de juicio, enteradas de que la juventud y la fuerza del

hombre duran lo que permiten Dios y la carrera de la edad. También deseaba Lázaro formarse una familia, él que no la había tenido nunca, y vivir en casa propia con su esposa y sus hijos, si el Señor se servía otorgárselos.

Poblada el alma con estas ilusiones y ansioso por ganar el dinero indispensable para realizarlas, se acomodó con un alguacil, creyendo iba a servir a la justicia. Pero la justicia, en Toledo como en toda España, no estaba, en aquellos tiempos, a la altura que corresponde a tan respetable misión. Recordemos al alguacil que ayudó al doctor Cúralotodo en sus trapacerías. Pues por el estilo eran los demás alguaciles, aficionados todos ellos a volver lo blanco negro, si esta mixtificación les reportaba ganancia.

Por esto, porque la justicia pecaba muchas veces de injusta, porque eran infieles sus representantes, porque pocos alguaciles sabían cumplir su obligación, éstos se veían despreciados y perseguidos por el pueblo, que les odiaba. Lázaro vió apedrear a su amo, cierto día, y no quiso seguir en un oficio que solía ro-



Tenía a su cargo el pregonar los vinos que se vendieran en...

dearse de malquerencias. Separóse del alguacil y se empleó como pregonero.

Este fué el último y definitivo oficio de Lázaro, pues ejerciendo esta profesión se mantuvo hasta el fin de su vida.

Tenía a su cargo el pregonar los vinos que se vendieran en Toledo, así como las almoneadas que se anunciaban y objetos que los toledanos perdían. Pregonaba asimismo los delitos de aquellos a quienes perseguía la justicia y, en fin, todo cuanto era menester, ganando con ello popularidad y dinero bastante para no pasarlo del todo mal. Este empleo, en absoluto desprovisto de honores, le sirvió a Lázaro, sin embargo, para captarse muchas simpatías, entre ellas la protección de un encopetado personaje.

Y viéndose hecho un hombre, asegurado de contrariedades, por tener la bolsa bien repleta con sus ahorros, buscó esposa, que halló muy a su gusto, y, una vez casado, entregóse al trabajo con más bríos que nunca, al objeto de labrar un porvenir a sus hijos, porque esperaba tenerlos.

Esta fué la vida de Lázaro de Tormes, que

hemos recogido y adaptado en este libro para enseñanza y recreo de la juventud estudiosa, la cual debe ver en este héroe de la novela picaresca un ejemplo de perseverancia y de valor contra la adversidad; pues Lázaro, abandonado de todos cuando era muy niño, supo, no obstante carecer de apoyo y haber tenido la desgracia de tropezarse siempre con amos miserables, luchar con la vida denodadamente, aguzando en la lucha su inteligencia y hallando un consuelo y un estímulo en el temor de Dios, para no desfallecer ni apartarse del buen camino.

Y así como su afán había sido, desde que comenzó a correr mundo, vivir con el producto de su honrado trabajo, cuando tuvo mujer e hijos, a toda costa quiso ser feliz. Por eso, a los envidiosos de su tranquilidad, que procuraban acarrearle disgustos domésticos, metiendo la cizaña en su casa y hablando mal de su amante compañera, solía Lázaro decirles:

—Si sois amigos míos, no me digáis cosa que me pese, pues no tengo por amigo mío al que quiere disgustarme con mi esposa, que es la persona del mundo a quien yo más amo.

Con hábermela dado, me hace Dios mil mercedes, y pongo a mi mujer por encima de todas las mujeres, ya que la considero como la más bonita, y buena, y hacendosa y honesta de todas. Si alguien viniera a decirme lo contrario, tendría que reñir conmigo y me mataría con él.

De este modo cerró Lázaro la puerta de su casa a la murmuración y a la malicia, logrando ser muy dichoso, amado de los suyos y respetado de todos por su honradez y noble corazón.

FIN



